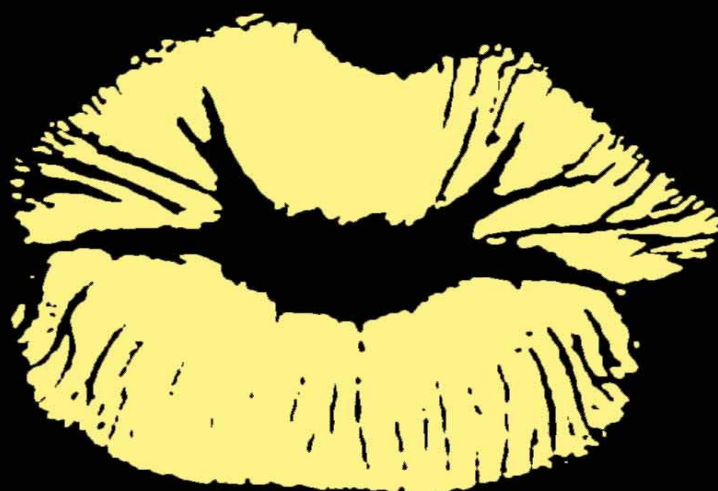


Las canciones pop hacen **pop** en mí

**BRENDA RÍOS**



## Table of Contents

### COSAS QUE NO TE DIJE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

### VIDA INTERIOR

Telenovelas

Las carnicerías

Catálogos diversos

Definición del fantasma

Uno es de quien le da casa

Vida interior

Encontrarse

Barra de ensaladas

Canciones de iglesia

El sol tiene un cuerpo preciso

Ruido blanco

Los vendedores de rosas

Electrodomésticos

La especie

La piel

Fotografías

El ventilador de la felicidad

Pepe Le Pew

No olvides tirar las rosas muertas

El camión de la basura

La voz tiene migas de pan

[Ventajas de un barrio clasemediero](#)

[Audífonos](#)

[El porvenir](#)

[Imagina](#)

[Escribir se trata de aire](#)

[Vista de Quito](#)

[Vista de Medellín](#)

[Vista de Bogotá](#)

[El motivo de la cigarra](#)

[Paris Hilton](#)

[Mandar y obedecer](#)

[Puerto](#)

[Bebés](#)

[Definiciones](#)

[Pensamientos rosas](#)

[Post it](#)

[Libros](#)

[Marzo](#)

[Aquiles](#)

[Escena](#)

[Hasta no tirarse las piedras](#)

[Fotografía](#)

[El incendio](#)

[Vista de Río de Janeiro](#)

[Otra vista de Río](#)

[Vista de Valparaíso](#)

[Lección de pintura](#)

[Principios](#)

[COMIENZO](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)  
[XVI](#)  
[XVII](#)  
[XVIII](#)  
[XIX](#)  
[XX](#)  
[XXI](#)  
[XXII](#)  
[XXIII](#)  
[XXIV](#)  
[XXV](#)  
[XXVI](#)  
[XXVII](#)  
[XXVIII](#)  
[XXIV](#)  
[XXX](#)  
[XXXI](#)  
[XXXII](#)  
[XXXIII](#)  
[XXXIV](#)  
[XXXV](#)  
[XXXVI](#)



BRENDA RÍOS (Acapulco, Guerrero, México, 1975). Escritora, editora, traductora, profesora universitaria. Radica en la ciudad de México. Se ha mudado de casa ocho veces. Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2013. Becaria de los programas de Residencias Artísticas FONCA-CONACYT (Brasil, 2011), FONCA-Jóvenes Creadores (2009-2010), Programa de Estímulos a la Creación Artística-Guerrero (2010), Fundación para las Letras Mexicanas (2003-2004). Autora de los libros *Las canciones pop hacen pop en mí. Ensayos sobre lo ridículo, lo cotidiano, lo grotesco*, IVEC, Xalapa, 2013; *Empacados al vacío. Ensayos sobre nada*, Calygramma, Querétaro, 2013; *El vuelo de Francisca*, Pehuén, Chile, 2011. *Del amor y otras cosas que se gastan por el uso. Ironía y silencio en la narrativa de Clarice Lispector*, Tierra Adentro-f.l.m., 2005.

Colaboró en las bitácoras electrónicas: [LOS REDUCCIONISTAS](#) y en [LOS INAUDIBLES](#).

BRENDA RÍOS

## Las canciones pop hacen pop en mí

Ensayos sobre lo cotidiano, lo superfluo y lo ridículo





CUADRO NEGRO design

Las canciones pop hacen **pop** en mí

**BRENDA RÍOS**



*Las canciones pop hacen pop en mí. Ensayos sobre lo cotidiano, lo superfluo y lo ridículo*

D.R. © Brenda Ríos, 2013

Diseño de portada: CUADRO NEGRO sobre un diseño de Carlos Ríos

Publicado originalmente por el Instituto Veracruzano de la Cultura

**CUADRO NEGRO** ensayo



*Este libro fue escrito con el apoyo del programa de Jóvenes Creadores, Fonca 2009-2010. Agradezco enormemente el trabajo de Héctor Perea, Romeo Tello Arista y Juan Nepote, quienes, con sus comentarios y sugerencias contribuyeron a este proyecto extraño.*

Escucha la *playlist* de [Las canciones pop hacen pop en mí](#) en Spotify



## COSAS QUE NO TE DIJE



## I

No te dije que exageraba las reacciones ante ciertas cosas o sucesos sólo para tocarte el hombro, la cara, el pelo. Como esas parejas sumidas en una primera cita en el cine, abstraídos de sus amigos, de sus certezas, de su medio ambiente, encerrados a oscuras, rodeados de extraños en la mayor intimidad del silencio; como esos niños antes de comprender asuntos del cuerpo, antes de arrojarlos intencionalmente al otro, antes de dejarse llevar con un instintito recién comprendido.

Qué conciencia hay del cuerpo cuando se rodea a alguien. Qué providencial la mirada que regresa, la mano que casi ajena a lo demás responde y afirma. La risa es una entrada a la bóveda iluminada. Los golpecitos a puños cerrados, deteniéndose a milímetros del pecho, conteniéndose. Lo que puede suceder antes de un beso que se presiente pero no se da, no hace falta. Uno puede besarse de otras maneras.

No te dije que dos seres cercándose, apilándose en palabras que dicen otras tantas cosas, son seres en batalla: sólo que la defensiva es apropiada, podríamos decir sumisa en los párpados que bajan y revisan que el pecho está donde tiene que estar, que las manos están en la mesa o en las piernas, que la boca está donde suele estar, pero no hay sumisión real: hay un gato simulando dormir.

No te dije que no creía en nada. Pero salieron de mí las verdades como perros liberados. Estaba yo ahí en la mesa de madera, frente al vaso mi cuerpo que se mostraba, qué sinceridad de la ropa. Dije lo más secreto: habité el gesto que en ese momento compartía. No te dije que hablar de los demás es decir de uno mismo. Que uno vive en las citas permanentes de otros porque son casitas de paja las palabras ajenas que consideramos protegen. Hay palabras de vidrio. Vaso. Ventana. Vidrio. Botella. Vitrina. Palabras hechas de papel: hoja, cuaderno, cartón, servilleta. Palabras hechas de nosotros. Nosotros. Palabras de tiempo que no dijimos. Mañana, hoy, nunca. Palabras de un lugar a otro, desplazadas, migrantes, travestis. Tú y yo en una mesa una noche un país un espejo de agua un entorno apacible un plan de cada uno al siguiente día un montón de hojas secas alrededor del cordón umbilical una sensación de algo que muere y no es triste.

## II

Tengo miedo del cáncer. Y de perder mi casa. Ya perdí seis casas y contando. Que no sé qué pensar de ti. ¿Qué quieres que piense? nunca he ido a carreras de caballos.

Tengo parientes muertos. Como todos. Tengo parientes vivos. Como todos. Una vez creí que tenía una vida ordenada. Mírame. ¿Estoy bien? mira bien. Los senos se caen. ¿Lo sabías? es terrible. Eso es algo a lo que no se acostumbra una. ¿Y la desprotección emocional? ya estamos hechos. A la hora de la hora demostramos eso.

### III

Estadísticamente hablando me enamoro de seis de cada diez hombres que conozco. Pero voy mejorando en el asunto de la superación emocional. No soporto las mermeladas, la conciencia de clase y las telenovelas mexicanas. No creo en las transfusiones de sangre ni de palabras. No creo en cambiar de país. No imagino la vida sin el repiqueteo constante de algo parecido a la conciencia. No creo en la vida de artista. Ni en vivir artísticamente. No florezco nunca. No padezco de agorafobia. Me gusta ver a los hombres vestirse. No sé qué hacer con el dinero. Voy a los bancos como otros van a funerales: no sé qué decir ni cómo actuar. No sé qué pensar de mí la mayoría de las veces. Siempre pienso en la vida que llevo cuando me dejan esperando en la atención telefónica; ahí, a mitad de la canción de espera me defino. Soy cursi, periférica; me gusta que me pongan nombres en la cama. Puedo vivir sin lácteos. Abrazo una almohada al dormir desde los siete años. Paranoica. Parabólica. Anestésica. Soy, especialmente, esdrújula. Mi gramática es un patio particular. Se barre y se riega como los demás. Me da miedo querer pero me da más miedo que me quieran. Odio ser responsable de lo que sea. Reservar un restaurante, rentar una casa, pagar las cuentas, quedar en algo, organizar la semana. Los martes soy chantajista. Los miércoles ordeno mi cómoda: blusas por color, faldas por largo. Los jueves salgo a la calle y cuento autos. Soy loca pero una loca inofensiva. Soy un desastre pero un desastre enamorable o eso digo yo que no sé mucho de mí. Me sospecho de lejos. Una vez rechazaron mis textos en una revista: por solipsista me dijeron. Busqué en el diccionario y vi que tenían razón: autorreferencial absoluta, toda la razón. Eso soy. Eso exactamente soy. Dios me ayude en esta condición astrológica: seguro mi ascendente lunar es culpable. No sé decir no. A ver, diga N000000000... No. muchas veces abusan de mí porque mi carácter es débil. Quebradizo. Se acuestan en mi cama. Se comen mi sopa. Se toman la leche del refri. Se holgazanan a costa mía. No sé cocinar para uno. No sé madrugar pero creo que eso ya te lo había dicho. No sé mantenerme. No sé mentir. Ahora estoy mintiendo, ahora no. No sé qué sigue. No sé canciones completas. No sé cómo puedes vestirte de esa manera y salir. No sé cómo los padres soportan tanto. No sé cómo los hijos soportan tanto. No sé por qué la gente se reproduce. Sí sé por qué compra espejos. Te lo cuento otro día. Mi secreto más oculto: que un hombre me regale un vestido. Ahí está. Lo dije. No sé esperar a los que llegan tarde... comparo la calidad de las servilletas, del café aguado e hirviente, de la porosidad de una tarde que se alarga.

## IV

Amo la ropa a rayas. No sé por qué. No todas las cosas tienen un porqué. Pero ya sabías esto. Esto es como saber antes de saber lo que importa en el mundo. Son esos prejuicios fundamentales de nuestro orden. Estornudo con ruido. Genético supongo. Mi abuelo era igual de escandaloso. Detalles sin importancia que hacen que la convivencia sea más animada. Mi autoconvivencia quiero decir. Me debilito los domingos. Detesto los domingos. Es la noche de la semana en que no puedo dormir. Doy vueltas en la cama como brocheta en la parrilla. Algo así. Me dijeron que usar sostén ajustado no es bueno. Algún heredero de lo que queda de las políticas de los 60 supongo. No me acuerdo quién me lo dijo. A veces dejo los libros a medias. Los que no me gustan, aún cuando sean importantes. Y no me da remordimientos.

El dinero me provoca angustia. Ataques de ansiedad. No tenerlo, claro. Me pregunto a veces qué estaremos haciendo el día de nuestra muerte. Pienso en el mal. ¿Existe en sí o aprende a desarrollarse? Pienso en los aviones que pasan diario cerca de casa sin mí adentro. Pienso en irme de viaje por supuesto. Pienso en mudarme de casa. Pienso en hablarte por teléfono. Pienso en caminar y ejercitarme pero termino quedándome en casa viendo tele. Pienso en leer muchos libros que los demás comentan. Pero luego no. Pienso en pintarme el pelo. Hoy no me siento vieja ni joven. Me siento sin edad. Imponderable. Una mujer Da Vinci. Mínima y seca. Hay una foto donde estoy en el río y mi madre usa una pañoleta en el pelo. No veo a mi padre pero sé que está ahí, cerca. Antes de que naciera mi hermano. Hablé hasta los doce años. Por pudor de palabras. Para no usarlas en vano. Sabes. Es que se agotan. Y pensar que ahora nos mandamos mensajitos por celular con palabras cortadas. A medio camino entre las señas y las demostraciones. Donde estaba mi habitación de niña hay una luz sola. La infancia es una casa que no se deja nunca. Una casa que persigue. A mitad de la vida qué nos sostiene. ¿Lo has pensado? Cuando no eres ni joven ni viejo ni eres nada ni eres de ti lo que pensabas ni tienes idea de lo que pensaban los demás que serías. Cuatro tipos de cereales, tres pastas de dientes distintas, cinco especies de frutas para el desayuno: mi inventario máspreciado. No me entrometo en mi vida. Me gustaría hacerme unas tarjetas de presentación pero no sé qué poner en ocupación. Busco algo que no existe. Busco algo. Buceo en la verdad penosa de saberme lejos de mí y de todo lo comprensible. No sé armarme de nuevo. Me destrozo pero no sé armarme de nuevo. Nunca he tenido el pelo largo. Me haría sentir mejor. Más libre. De alguna manera. Camino ocho kilómetros al día. No sé para qué. Es una cuestión de vida la de arrebujarse.

## V

Cada vez que me lastimo un tobillo es el izquierdo. ¿Tendrá algún significado? En las últimas semanas mis manos están más delgadas: se me caen las pulseras de oro, y los lazos de tela que me puse una vez de muchas promesas que tenía que recordar. Detesto esas conversaciones de adultos con niños que involucran la pregunta de la escuela. Que fue en Perú donde me enamoré de los pasteles pero nunca tuve hambre para probarlos. Que no entiendo esa atracción por *Star Wars*. Los adultos contemporáneos quieren ser caballeros *jedi*. Tienen 40 y se sienten caballeros *jedi*. ¿Tendrán una princesa llamada Lea en el videojuego de su cabeza?

Que no entiendo por qué no veo futbol si crecí viendo gente que lo veía los domingos a media tarde. No sé explicarme. Hablo de más si estoy nerviosa. Me gustaría ir a África. Leí la novela de Dinesen pero me pareció aburridísima. Amé la película sin embargo. Tengo un amante imaginario. Llega los martes a medianoche y se va muy temprano en las mañanas. Protege mucho su privacidad. No soporta la vida doméstica. Es calvo, gordo, bajo de estatura, viste de negro y es el hombre más sexy que he visto nunca. Cree en cosas místicas y en artes marciales. Nunca me cuelga el teléfono sin decirme que me quiere. Y no piensa pasar el resto de su vida conmigo.

Esta mañana me desperté con la angustia. Un dolor de estómago que no es como cualquier dolor de estómago. Hubo una época en que se me caía la piel a pedacitos, escamas de una en una. Sólo faltaba un cuchillo para que me sacaran las tripas como a un pez. Yo, como el pez, por la boca muero. Un anzuelo es el ocio. Se me cruza en la garganta. No puedo respirar y por ahí me hacen salir a la superficie. Me enredan. Me tasan. Me dan el último golpe contra el borde del bote. Fin de la historia. Déjame y te explico: cuando era chica vi muchos peces juntos en una hielera enorme. Estaban vivos. Se revolcaban entre ellos. Escogías los que querías y te los destripaban enfrente. Te los envolvían en periódico. Parecían regalos frugales. Fue revelador. El mar tiene olor de pez muerto. Mi amante me llama. Esta noche tendremos sexo imaginario. El más seguro en estos tiempos donde los gérmenes muerden lo que hurgan.



## VI

No olvidar pasar a la tintorería. Ir al banco. Tomar el dinero de una máquina que vomita billetes sucios. Teclear dígitos. Recordar claves en la máquina. Si las olvidas te quedas sin dinero. Me ha pasado más de una vez. ¿Por qué crees tú que los viajes entusiasman a tanta gente? ¿Lo has pensado? muchos creen que viajar transforma sensibilidades. ¿Y tú? he visto adolescentes que recorren el mundo con una superioridad exquisita, tienen cuadernos de viajes, guardan recortes y boletos de los subways de las distintas entrañas del mundo; predicán conciertos de palabras aprendidas en circunstancias extenuantes. ¿Te digo qué pienso? que todo eso es mentira. Muchos que viajan la pasan mal pero no les gusta reconocerlo. Primacía de la clase media supongo: vale más sufrir afuera, lejos, que pasarla más o menos donde siempre se la han pasado más o menos. ¿Entiendes? la libertad es difícil. No te dije que no hablo ningún idioma, tampoco el mío. Sospecho lo que dicen los demás. Pero no lo sé de cierto. No sé qué están diciendo detrás-dentro de esas palabras familiares. Un aire de familia entre lo que dicen y lo que digo, comprobar las raíces de palabras que pueden ser lo que creo que son pero luego no, luego resulta incompreensión.

No te dije que detesto las solapas de cualquier niño menor de veinte que comparan con Mozart, de pronto nos rodeamos de Mozartitos o Rimbaudcitos que hacen poesía en su bachillerato oscuro. Resulta que todos viven una temporada de vacaciones en el infierno. Y publican. Y venden libros desde sus pechos de paloma, inocentones de todo. No te dije que no comprendo el arte contemporáneo. No voy a leer todos los libros que poseo. Eso me entristece. Me entristece también saber que no alcanzaré a vivir toda la vida que poseo. ¿Sabes lo que es tener ideas? ideas que no compartes con nadie y que guardas y guardas y luego ya nada, se te olvidaron o no importan. Lo más emocionante que me sucede son las mudanzas. En este país lo único eficiente es el servicio de mudanzas. Se llevan tus pedazos de historia ficticia de un lugar a otro, te recrean y te acomodan. Los cargadores te acuestan y te cubren hasta las orejas. Te cantan una canción para que estés tranquilo. Luego cierran por fuera para que nada te pase. Reproducen tu última casa en la nueva. Saben dónde va todo. Cuando olvidas dónde dejaste tal cosa, a ver, por ejemplo el suéter color arena, les llamas y te dicen en qué cajón está... te acomodan la despensa. Son gente muy capaz y seria. Si yo tuviera una hija quisiera que se casara con un cargador de mudanzas. Sería feliz y completa. Toda una mujer. No te dije que me gusta hablar de intimidades. No quiero ser tu real maravilloso (eso se lo escuché decir a alguien por increíble que parezca y yo pensé en Remedios la bella, quién quiere volar desnuda en un baño donde hay alacranes y un poeta le llama a eso ser suramericana) quiero ser especialmente tu realismo sucio. Tu personaje

de Pedro Juan Gutiérrez. Quiero ser tu loca a lo Bernhard, creo que ya lo soy, sólo me falta la parte del posesivo.

Quiero una cama de latón y una bañera antigua para convertirla en maceta. Quiero una colección de muñecas que sean de la infancia de otra. No te dije que sueño despierta que sueño.

## VII

Me levanto muy tarde, me enternezco por estupideces. Leo libros sobre ética pero mi verdadera pasión es mirar choques de autos. Estadísticamente hablando ocho de cada diez amigos van a terapia y hacen yoga. Imagino que también reciclan. ¿Todo aquél que recicla será un optimista? cuidan el futuro, ¿no? por lo tanto dan por hecho que existirá. Cuidan el planeta, se preocupan por el sufrimiento animal, los derechos de los homosexuales que ahora se casan. Homosexuales monárquicos. ¿Te imaginas? pidamos un rey que esto se derrumbó dentro de mí, dentro de mí... ah eso sí adoro ir a los antros gay: la mejor música, el mejor ambiente, y se toquetean en público, se besan, se ambicionan, se van con cualquiera, como yo. Soy una gay que sólo se acuesta con hombres: una gay limitada. No hay dónde buscar. Me queda claro: cuatro de cada diez amigas consideran la posibilidad de buscar mujeres para aparearse. Estadísticamente son observadoras del mundo. Decepcionadas un poco de lo que conocían y de lo que sus madres les dijeron: “baja tus expectativas o te vas a quedar sola”. No te dije que no hay que tener miedo a estar solos. Es como tener miedo a respirar. A veces me da miedo de por sí. Cosas que no comprendo de mí. No lo intento. Detesto las reuniones laborales, transportarme en hora pico, detesto esta ciudad más de lo que la quiero. He pensado en irme. Muchas veces. Tiempo de irse y mirar otras ciudades. Tiempo de recordar la ciudad vieja que se deja. Tiempo de partir y no llorar estatuas saladas. Tiempo de dejar crecer el pelo. Tiempo de recordar y amontonarnos unos y otros para recomenzar juegos: charadas de verdad. Tiempo de recordar cuando la gente no tomaba agua en botellitas. ¿Y si vivimos igual que nuestros padres? ¿Y si vivir es sustituir a los muertos y ya? mi abuela tardó años en quitarle el plástico a un sofá nuevo, las espaldas se pegaban a él cuando veíamos tele. Mi abuela comía los gusanos del mango. Tiempo de irse. Irse. Irse. Cualquier parte es aquí. Cualquiera es nosotros. Yo, que no soy convencional, quiero, anhelo una vida larga y próspera al lado de alguien que me quiera madre, y me respete como mujer; un marido bueno y durable. Un juguete para toda la vida. Quiero superarme, tomar cursos para ser feliz, ah, cómo deseo eso, sobre todo eso: que alguien venga y me diga las hermosas y sabias palabras que sabemos reconocer: “lo que tienes que hacer...” tiempo para salir del frasco de vinagre. Tanto tiempo ahora. Una persona encurtida, eso soy. Rodeada de chiles y zanahorias y coliflores paliduchas. Tiempo de respirar así profundo, soltar el pecho y amar a los obreros porque de ellos es el reino. El reino de lo posible. Soy una marxista convencida. Sólo que a veces por pura nostalgia incomprensible veo tele.

## VIII

No te dije que no trabajo nunca, que es mentira lo que dicen que hago, porque no hago nada; no te dije que no creo en mí. La mayor de las veces no creo en mí. Me desplazo y me desahogo. Me quito el ahogo. No te dije que odio las serpientes y su piel que brilla aún sin vida, cascarón de luz, flexible y gomoso. No te dije muchos secretos. Mis amigos no están bien. Nadie está bien. El bienestar qué es. Soltamos amarras un buen día y fin de la historia que no termina. Tengo una versión errada de mí. Me veo por dentro. Vacío hasta que la piedra toca y suena a lo lejos una canción de cuna.

No te dije que no veo a mi familia. No me gusta constar de dónde saco -echar en saco roto- tantas pequeñas maneras de destrozarme. Desayuno vidrios, es bueno para formar carácter. No me gusta viajar y odio sumirme en las rutinas del ocio. Mira el colmo: un ocio ordenado. Tiempo para descansar y calentar las piedras en las parrilladas de domingo... tiempo de crecer a los lados y engrosar las caderas y el cuello y las muñecas, tiempo de recordar qué... tiempo de olvidar al padre; tiempo de cosernos la boca; tiempo de no ir a ninguna parte y no sollozar por niñerías. Tiempo de esperar los sapos que besaremos de manera lodosa sin reconocer a nadie nunca. Tiempo de habitar casas vacías y no pagar las cuentas, tiempo de no bañarnos ni cambiarnos la ropa. Tiempo de vacaciones eternas, de un recreo en soledad; tiempo de lanzarnos al vacío y enamorarnos porque era lo que faltaba en la lista de tareas. Tiempo de mirarnos al espejo y no decirnos nada.

La vida de los demás parece tan lejana como las desgracias en la tv y el tiempo de recoger las piedras nunca es posible: se han perdido en los estómagos de los invitados que no vuelven. ¿Ves? cómo son difíciles los comienzos de cada historia. Me desvanezco, me soy, me desprecio profunda y sinceramente. Estaré el resto de mi vida conmigo, sin conocerme. Me veré cada día sin conocerme. Me habitaré. Me haré llover. Me extrañaré en los Andes que vi una vez en el sur. Me quitaré el sosiego. Yo solita. Porque puedo. No sé si quiero pero puedo hacerlo. No así trabajar. Aferradamente. Ah, la normalidad pasa de moda y míranos a todos: extraordinarios en nosotros mismos: reconocibles. Impresentables. Amargados. Tan vivos que da miedo. Tiempo de decirnos hasta aquí.

## IX

Me rodean cual acreedores las fechas de entrega y las madres-pastel, esponjosas y batidas a punto de nieve, dulces pero sólo al primer bocado. Ir al teatro, confirmar el escenario real, no éste, donde nada pasa. Y el cielo es un pájaro suspendido, desmotivado pero suspendido. Me paro en seco yo también. Me sacudo de recuerdos infantiles. Nadie me dice ahora lo siento. Camino en galletas crujientes de miel. Habrá que empezar a trabajar. Los adolescentes cumplen el ciclo que yo sigo cumpliendo. Sin decirnos nada lo decimos todo. Y como no te hallaba me puse a escribir. Tú tienes la culpa de todo. El otro día sólo por saber algo me tragué un tubo de plástico. Lo sentí caer al fondo del estómago. Los pisos escurren ácido muriático. Y los creyentes alaban al señor. Que alguien haga algo con esta ciudad. Que alguien la arroje a otra parte menos prometida.

*Delirio* es un restaurante de una chef de la tele. Los domingos hacen un *brunch* que cuesta doscientos pesos. El jugo fresco que quieras, albóndigas y tortillas con hongos y fruta y panes artesanales y gente de anteojos enormes y pantalones entubados compartiendo las largas mesas de madera. Yo deliro por ir. Por hacer caber en el estómago lo que se muestra ahí. Yo deliro por vivir en otra calle, por pretender que vivo por ahí. Por enjuagarme las manos con jaboncitos de marca y dejarlas caer húmedas a esas toallas madre modelo. Yo deliro yo delirio por no dejarme estar en el mismo sitio. Yo de lirio no tengo nada. Es una flor de pantano. Soy del desierto. Puede que lo mío le pase a alguien más. Puede que yo sea alguien más. Puede que yo no sea yo. Puede que esto que pienso lo piensas tú pero a otro ritmo del mío por eso nunca entendemos qué quisimos decir.

Me agoto, me agosto en pleno julio. Me veraneo. Me quito el sueño a propósito, por ver qué sucede, por estirarme a todo lo que doy. No doy mucho si te interesa saber. No doy mucho. Estiro dos centímetros y ya. Tropiezo en el duermevela, aquí-allá-aquí-allá. Las cosas del estómago recomienzan. Las cosas de los ojos cerrados recomienzan. Las cosas delirantes. Las cosas que hacen que recordemos. Las cosas semi olvidadas. Esas, que no tienen adjetivo pero sabemos qué son en cuanto las presenciamos devorándonos por dentro, sin tregua, a una velocidad inexplicable.

## X

Tengo los dientes blancos si sonrío en la computadora. La desidia llega a su máximo punto: mueren las cucarachitas pero no las barro. Mueren con las patas arriba en el piso de la cocina. Esta casa de tan buena que es duele pensarla. En ella he dormido de más y he dormido muy bien. Si te contara. Tomo sol en el patio, sólo de las rodillas a los pies... lo demás mantiene su cascarón. La piel es una cáscara dura. Brilla. Se reacomoda si la lastimas, si la doblas o si la cortas mientras rebanas un melón. De aquí, de donde estoy ahora, se ven las azoteas de una dos tres catorce casas con sábanas tendidas a modo de banderas de conquistadores. En esas sábanas duermen los dueños de 40 60 o más de 100 metros del barrio. No sé cómo duermen, eso no me consta. El sueño de los demás es un misterio por supuesto. Habrá quienes vengan y te cuenten qué soñaron, qué hicieron o pensaron antes de dormir, qué llamadas telefónicas se les quedaron en intenciones.

¿Te ha pasado? piensas en llamarle a alguien, imaginas lo que vas a decir, lo planeas y sientes un alivio enorme, hondo, oscuro, cuando la línea suena y nadie responde. Odio llamar por teléfono. Tengo la sensación de interrumpir lo que hacen otros. Y cuando me llaman tengo esta sensación de que yo era algo justo antes del primer timbrazo en que me sacuden toda.

Hay un mantel blanco y azul tendido. Contrasta con el cielo. Es hermoso el paisaje de este lado de un mundo mucho más grande e invisible, para quien sabe ver. Hace una temperatura de 26 grados y tomo té hirviendo. Me gustan esos contrastes casi emocionales. Como discutir con uno mismo. Vi un monstruo en la mañana y lo asusté. Era como todos los monstruos: un extraño. Me gusta la escritura de gente que no sabe ordenar lo que piensa. Que parece que no viene de ninguna parte y que camina desorientada.

Tengo la ciudad atorada en la garganta. No sirve si como pan, no pasa el bocado. Se me atora y pronuncio mal su nombre, su concepto, su arquitectura. Su dolorcito que somos todos encima y dentro de ella, berreando y aprovechándonos que se deje hacer. Una costra del lado oriente. Una herida reciente en el sur. Una cicatriz vieja. Mezclas de voces. Esquizofrenias que vagan a las dos de la mañana buscando un seven eleven para fumarse un cigarro y aspirarse en un humo profundo y último. Un suspiro de dentro para afuera. Por última vez antes de que los pulmones se fuguen.

Hace calor. Mis pies están rojos. Al carbón de hoy. Sin aderezo. Yo me los comería si tuviera mucha hambre cosa que no sucede hace mucho.

Quiero guarecer. Mi habitación está forrada de cortinas oscuras. Si las cierro todas no hay líneas de luz que la penetren. Una fortaleza nocturna. La oscuridad te hace nudillo

contigo en medio. Nada te puede pasar. Se me ocurre de pronto que nunca estaré en Jerusalén. Sólo lo sé. O en Calcuta. Sólo lo sé. Se me ocurre que tampoco estoy donde estoy. Creo que estoy aquí pero no. Hay evidencias de que habito esta ciudad en mi imaginación. Se acerca un auto y se estrella en la esquina que hace intersección con una avenida afuera de mi edificio. Pero eso pasa en otra parte, lejos de aquí. Cuando abro los ojos cada mañana los vecinos ya están hablando, sus voces me despiertan. Un coro de bienvenida al día. No sé lo que dicen, sólo escucho sus voces y sus risas. No puedo hilar la conversación. No puedo seguir. Cuando ya estoy completamente despierta dejan de hablar. Como si supieran que ya estoy levantada, lejos del imán de la cama, dispuesta a empezarme y ellos pararan todo. El silencio se hace. Es la hora que me siento más sola.

## XI

Es hora de comenzar a aclarar algunas cosas. Pero no le digas a nadie. Algunos viven mejor en el misterio. ¿No lo crees? el misterio de cerrar el pico. Tan fácil la unión de los labios para evitar que salgan las palabras como barquitos. *Pasa un hombre en bicicleta, lleva shorts y una camiseta azul marino. Mira a todos lados mientras recorre la calle. Pasa una señora gorda concentrada en un pan dulce. Pasan los niños de la guardería de la vuelta. Tres de cada cinco tienen caritas llorosas.* Bien. Primer misterio. Todo este tiempo se ha tratado de ti. Es decir, quiero decir, que mientras hablaba de mí quería sobre todo sacarte algo y que se te olvidara que estábamos hablando de mí. Debo decir que no funcionó. *Pasa una muchacha con el pelo húmedo peinado de lado, viste de negro y desde el otro lado de la acera noto los ojos oscuros, la boca oscura y los senos breves, todo a la vez, un conjunto pictórico.*

Segundo misterio: nada de lo que dije antes es verdad. No como entendemos la verdad de todas maneras. No de esa forma limpia que creemos que es. No sé si sé explicarme. La verdad es una persona atrás de la vitrina de los pasteles y los refrescos exhibidos.

Tercer misterio: pasa un muchacho con audífonos. Me mira pero no me mira. Trae puesto el aparato de imaginar otros espacios. Yo soy parte de su video musical. El misterio es el siguiente: me ve pero no. Cree verme pero lo que ve no soy yo. Así llegamos al cuarto que no es el último lo digo mientras lo pienso mientras lo escribo. *Mientras, pasa un hombre peludo con la camisa abierta escupiendo en la acera.* La calle es un trapecio. Bien. Tú cuando quieres decir algo te inclinas y usas una voz apenas perceptible. No quieres que te escuchen. Secreteas abiertamente. ¿Por qué es eso? no hablas en pasado. Eres pequeño. No frágil. Sólo pequeño.

Quinto misterio: lo que sé de ti. Dos cosas. Sospecho otras dos. Te las digo al rato si te veo. Sexto: más: no somos tan fuertes como decimos ser. En apariencia soportamos todo. Una grandilocuencia nuestra imagen propia. Somos constructores orgánicos de la idea del ser. Del deber ser. Usamos gafas oscuras, eso lo diría todo. Nos sumimos en días oscuros sin probar bocado sólo para adentrarnos más. Se me antoja ponerte el índice en el ombligo y sacarlo del otro lado limpito: adentrármete. Adormirte ya que andamos en esto. Misterio siete: no se trata de enamorarse. Eso sería abaratar todo. Como agregar agua al whisky. Y bien: *hubo un tiempo que hubo y luego ya no hubo más.* Ocho: funcionaría de la siguiente manera: nos miramos, nos tocamos el hombro, nos arrojamos al centro de cada uno y ya. Eso podría ser. No sé si tú. Esta historia que no empieza tantán.



## XII

No suelo lanzarme así. *Pasa una pareja joven arrastrando maletas. Que aún cuando no lo parezca me protejo. Como tú. Pasa una anciana con blusa floreada y los senos se bambolean al paso irregular.* Me dicen muchas cosas en la calle. Pero uno que es digno hace oídos sordos. El otro día alguien dijo que hay que cuidarse de los que se creen los halagos. Puede ser. Yo agregaría que hay que cuidarse de todos, vanidosos o no. Sólo por no dejar.

*Una muchacha se maquilla en este instante la cara pálida como carretera brumosa y el pelo cae en capas y usa aretes grandes y una blusa roja a rayas.* Me da por pensar que un buen día se levantará envejecida y entonces qué. Entonces qué. Por mi parte no pienso en eso. Pero es la edad de pensar en eso. Zas. Uno envejece y los instantes se amalgaman en recuerdos mal elaborados. La memoria, te contaba, es una cosa de papel. Empieza como árbol y termina en papel. El lápiz es objeto extendido de la boca. Lápices como dientes. Los dientes son órganos sexuales. Los dientes mastican y saborean. La piel es de azúcar. Una calavera dulce. Eso somos. Esqueletitos empalagosos. De alguna manera todo esto tiene una correspondencia: hablar es hacer el amor. Si la boca, si los dientes, si la lengua, si las palabras son objetos puntiagudos y penetran. Y las otras palabras responden. Las carcajadas serían el orgasmo jajajajajajajajaja... a bocajaradas hacer hijos. *La muchacha del maquillaje comienza con el rímel y sus ojos toman forma.*

Te preguntaba cómo creías que esta historia debía seguir. Dijiste que lo ibas a pensar. Te digo lo que creo: te tomas muchas pausas para pensar. Ibuprofeno con cafeína es lo que deberías de tomar, eso y una siesta de 16 horas. Después me dirás desde la franqueza de la vigilia lo que seguiría. O este ejercicio vano no es de escribir. ¿O sí? último misterio: no te dije que en la madrugada cuando soñé no fue contigo. Y que, contra todos los pronósticos, me das miedo.

## XIII

Que mi vida es soleadita. Con patio al frente y dos macetones que sobreviven el medio abandono que suelo llamar independencia. Que las canciones pop hacen pop en mí. Que por aquí buscaba ciertamente algo que no recuerdo. Así como abrir la puerta del refri y quedarme suspendida porque ya no sé qué era lo que necesitaba. Enfrente de mí una familia. El padre tiene orejas enormes. Ya sé qué quiero ser de grande: una señora come galletas. Sale caro vestir a los niños. Y las colegiaturas, válgame. Mis padres confiaron en escuelas públicas. Te diré. Soy una muestra representativa de esta nación. Pateo si me tocas el tema. Pero tú, tú me puedes tocar los temas que quieras. El niño de esta familia se me acerca y señala algo y dice "silla" claro y fuerte. A él le pertenece la palabra, y él a sus padres que lo miran crecer en sus pantalones cortos y su camisetita naranja. El niño que deja sus manos viscosas en todas partes de camino a sus padres. Recorre cinco metros en un andar inseguro. Toca las sillas en el camino. Las reconoce.

¿Quién dice tu nombre y te reconoce? ¿Y te toca con manos que se pegan? así los otros se van y se quedan las marcas del toque. Escenas del pasado. Hacia atrás el pasado. Sobre la espalda del padre joven que se esfuerza por fijar recuerdos. La memoria se queda en los hombros. Recuerdo que. Fue cuando. Entonces tenías. Y embarras en el pan tostado una imagen inalterada.

## XIV

La música es algo que sube de mí, de mi zapato derecho hasta inundar lo demás. Y que el esqueleto es de aire, el esqueleto que sostiene esta música de la que hablo. Si das un soplo a mi oído saldrá un tono de saxofón. Mi cuerpo es una sinfónica con problemas de sindicato. Un sindicato desorganizado quiero decir. Las violas se declaran en huelga o de buenas a primeras, el primer violín no se presenta. Con decirte que hay días que se anuncian conciertos y no llegan los músicos. Es cuando me pongo realmente mal. ¿Qué se creen estos? ¿Qué son autónomos? Luego, la formación de cada uno, las vidas personales, las envidias, los protagonistas, las peleas territoriales, los detalles que acumulan su vivir acompañados. Si escuchas bien suben de mí las oleadas de música y de voces y de fantasmas que suben y trepan y amortiguan con botas los malos pasos; no hablo de música popular o de la radio; hablo de la música que llevamos todos, a cuestras, nuestra propia música que acompaña el decir, y el gesto de nuestras acciones. Por insignificantes que sean. Cuando te paralizas a mitad de la habitación porque olvidaste qué buscabas es la orquesta poniéndose de acuerdo en el ensayo. Cuando salen por fin las palabras apropiadas en el único momento pertinente es la música justa que invita a pensamientos diáfanos. Vemos las cosas como son. Pero eso ocurre una vez cada mil años, debes de saber. Tú debes tener también esos momentos en que todo toma su lugar y su fuerza y nos creemos invencibles. A prueba del yo-mismo. Todo esto para decirte que me quedo sin saber qué decir. Nunca soy yo lo que digo. Tampoco juzgo a los demás por lo que dicen. Tampoco por lo que hacen. Los juzgo por sus inmanencias de imaginación. Por lo que se quedaron a medias de hacer o decir y por eso que les impide completar las cosas que quieren hacer. ¿La imaginación salva? ¿Tú crees en eso? ¿Como una religión verdadera? ¿El ímpetu es una madera que arde? ¿Hay espíritu en lo que no se forma? ¿Qué conforma la materia del pensamiento? ¿Cómo es que nos quedamos a la mitad de algo? ¿La mitad de la edad promedio de vida es para atrás o para adelante? ¿Cómo planeamos lo que viene? ¿El azúcar refinada es terrible como dicen? ¿A la mitad del día nos recomponemos de lo que no hemos hecho? ¿Sabes lo que es tener preguntas y preguntas y miles de preguntas encima y no saber por dónde comenzar a organizar? ¿Preguntar es imaginar?

Te imagino desnudo. Deberías quitarme la imagen que tengo en la cabeza, dame la verdadera representación de ti... ¿andas por ahí pensando en gente sin ropa? Hoy debe ser uno de esos días que la orquesta anda inquieta. Esto que somos, esto que no logramos ser, esto que nos imaginamos que somos, esto que arde con aretes largos y llamativos, esto que

de alguna manera se hace inmune y se cristaliza en el congelador, esto al fin, comienza una nueva etapa.

## XV

El interlocutor de todo esto eres tú. Sin ti no habría escritura. Esta escritura que ensayo. Y no tienes que mover un solo dedo para ello. La escritura es un despliegue en la ausencia. Escribo porque no te tengo. Sustituyo lo que eres por palabras que no son nada. Armo los puentes invisibles de mí hacia ti. Cándidos, enredados puentes. Se escribe porque no se puede uno desplazar en la presencia. Se escribe porque el cuerpo no se posee. La escritura es la inmanencia del deseo. No es placentero necesariamente el crecer de estos diarios de obladioblada. Por eso digo, de este tiempo, el nuestro, hacia la muerte hagamos puentes. Antes que se caigan los escenarios de lo verídico. *¿Si digo agua beberé?* Las persianas de árbol proyectan sombras a rayas en la estancia. Presencia rayada del sol de la una de la tarde. He pasado el día removiendo papeles. Fregando platos. Cuento los platos: doce en total. Dos a rayas. El horno de la estufa es una pantalla monótona. Lo más interesante de la semana: probarme unos zapatos altos. De cuero, con una flor en el borde. Femeninos. Lo que tiene flores suele ser femenino. Mujer: flor: femenino. Sencillo el orden de ideas. Se refleja también en que las mujeres caminan alzadas del suelo: inalcanzables. Etéreas. A diez centímetros de la tierra. Estuve a punto de comprarlos. Luego recordé cuando me torcí el tobillo y desistí. No seré femenina. Seré yo. Como sea. Juego mi corazón en cada ocasión que me compro zapatos. Una amiga mía me corrige cuando hablo, por si conjugo mal y eso. Para eso son los amigos: para la corrección lingüística y el préstamo de dinero. Ah, y para que rieguen las plantas cuando salimos de viaje. Otra cosa que estuve a punto de comprar hoy: un cachorro de labrador. Color claro. Pero no lo hice. Ni zapatos ni cachorro. Libre de femineidad y de maternidad. Es una pena. En verdad. Yo quería ser una mujer alzada en los tacones y pasear al perro dos veces al día. Me verían de otra forma. Una mujer. Una mujer-madre-de perro. ¿Qué más se puede pedir? ¿Para qué madres en tiempos nerviosos? Una mujer temblorosa sujetando la correa de un cachorro entusiasta. Una mujer-bestia. Ser feliz en el absurdo goce de los parques perrunos. ¿Cómo no se me ocurrió antes? sí, atajos para la felicidad. Sí, a todo sí. Olvidémonos de los no. pasaré la tarde en el centro comercial, comiendo helados y mirando vitrinas. Comparando los centímetros que me separan de los maniqués sin cabeza. Recordando como pueda las tantas razones del vivir.

## XVI

No sabes la pena que me dan los panes dejados a medias en los restaurantes. Panes abandonados en el gesto de la prisa de alguien que abandona el pan y su hambre y corre hacia alguna parte. Yo quiero correr hacia allá. Ninguna parte parece tan prometedora. ¿Hay algo peor que acostumbrarse a un trabajo mal pagado? una, que lo único que desea es comprarse unas botas hechas de ganado nacional melancólico y duradero; las botas -de agujetas, bicolores- cuestan la mitad del salario mensual de alguien que fue a la universidad. No hay tiempo para la frivolidad. Eso en sí me parece una grosería. ¿Y si no podemos ser frívolos? nos quedará la zozobra y la estulticia. ¿Hay algo más desagradable que encontrarse a alguien cuando uno busca empleo? en la misma fila... sonriendo. Recordando el nombre y reconociendo la necesidad y la competencia, tan humanos por otro lado, pero fuera del cubículo por favor. Es de noche y lo único que puedo pensar es en malteadas de café. Triturados los hielos. El azúcar se desplaza en la licuadora. Se convulsiona pero termina adaptándose a las paredes de la leche. Slup. Mi estómago es un refrigerador que respira. No se enciende si abres la puerta. Problemas técnicos. No te dije que me cansa vivir. Luego esto: no hay suficientes hombres. Luego, los mejores siempre están tomados. ¿Cuando yo tomé alguno hubo mujeres que pensaban en ellos? esa es buena. Los dejé ir. Pececitos al agua. No sé hacer anzuelos. Por ahí deberían comenzar los aprendizajes.

No tengo amigos con dinero. Me intimidan los templos y los restaurantes de lujo. Me intimida la vejez, los hombres hermosos y las vacaciones de fin de año. ¿Y a todo esto por qué hablo contigo?

Mira. Te digo. Fíjate bien. Aprende. Porque aquí no hay nada que aprender.

Trituraron la casa. La casa era un cubo blanco. Pusieron un árbol en su lugar.

## XVII

Que esto llega a su fin. ¿O pensabas que estaría aquí indefinidamente esperando algo de ti? le gente agota. Es necesaria pero agota. Ante todo soy un animal que habla. Considero el discurso una manera de permanecer, mggghjjj, dejar palabras en los demás, palabras-recuerditos, palabras-milagritos-de-la-solapa; en ti he colgado todas estas, sí, ya lo sé, pues tampoco esperas que sean perfectas, ¿no? son las que surgieron. Luego vendrán otras más certeras y apropiadas, cuando ya no las necesite. Así pasa siempre. ¿Has perdido algo alguna vez? y lo buscas y lo buscas y aparece cuando ya estabas decidido a no encontrarlo, cuando ya lo habías despedido fielmente está de nuevo, dispuesto el objeto a perderse cuando menos lo piensas. Las palabras son animalitos escurridizos. Atrás de los muebles, abajo del refri, en la pared del centro de la estufa, las orillas inaccesibles donde nadie nunca limpia, las cornisas, el otro lado que no vemos de las cortinas. Al momento de la necesidad es que no están disponibles, juegan a no ser vistas. Juegan en el instante que tu mente está en blanco y tu boca abierta y nada sale de ahí, ni las moscas. Había un hombre una vez que pensó que iba a estar solo pero un día-de-semana se casa y tiene una boda en un jardín y siente que la vida es buena, que hay bullicio y hay niños gritones y hay cuentas que pagar pero que es buena en el fondo, buena de ver. Una vida recomendable. Como un libro. Un espectáculo masivo. Una canción que nos llega y se mete dentro. Este hombre creyó que nadie lo comprendía. Que no sabrían nunca leerlo. Que aparecería en las leyendas de sus amigos y sería lo invisible, lo impronunciado por abandono de hogar; este hombre se pintó a colores un barco en un brazo y pensó en el mar que habita. A este hombre lo mueve el amor —¿y no a todos?—. A mí me mueve algo más: esta charla que no termina aún cuando ya quiero que termine. Me doy cuenta que hablo al aire. Y el aire no tiene forma. Lo que digo tampoco. No escribo, relato cartas amorosas. Tú parado ahí sin algo que te empuje ni al frente ni al centro ni a mí. Te digo ven. Te digo ven.

Te quiero para hacerme con tu pelo un prendedor.

¿Sabes qué amo de un hombre? que dedique canciones. Que envejezca. Que tenga arrugas y canas y sobrepeso. Que sepa llegar a todas partes. Que arda. Que no sepa vivir de otra manera que la que vive.

Cuando converso me doy. Es mi manera de darme. No siempre me cachan cuando caigo. El suelo no es el fin: hay más abajo.

El alma de las cosas, piensa en eso cuando cierro esto, el alma de las cosas tiene más abajo.

## XVIII

Antes de irme de este lugar alguno te quiero decir que no te echaré de menos. Porque soy fuerte. Los fuertes no echamos de menos ni hacemos llamadas telefónicas melosas, ni cerramos las puertas con cuidado; ni miramos a los dos lados cuando cruzamos la calle. No dejamos que nadie se quede en nuestras casas cuando no estamos. No tenemos por qué acabar lo que empezamos. No tenemos por qué hacer lo que nos piden. No tenemos que improvisar en el amor: todo se nos da previsiblemente. No recomendamos libros. Los fuertes recortamos cuadritos de angustia y hacemos collages pastosos de escenitas pasadas. Ya te di lo que tenía para dar. Ya no hay qué ver. La pantalla emocional está apagada. Se apaga la luz. Voy al jardín. Me siento. No pienso en nada. Pienso en no pensar. Una bruma entonces. Una buena nube posada. Un gotear de lluvia que no cesa.



## VIDA INTERIOR



## Telenovelas

De tu vida privada no supe nunca. Tampoco te pregunté. No es de buen gusto hacer preguntas tan personales. Esos detalles del vivir suelen ser notables pero no en ti. He visto gente llorar en las aceras. He visto gente discutir a golpes. Gente llevada por pasiones. Gente sin control. Escenas de celos. Escenas de amor. Escenas de asedio y ternura. Escenas de mercado. Escenas de hijos llorosos llevados como papalotes del hilo de su madre. He visto oficinistas ligarse a secretarias brillosas de piernas a tacones. En ti no vi transparencia ninguna. Postales emotivas hay por todas partes. Lecciones importantes de frágil humanidad: llorosa humanidad. Tú no eras de ahí. Esta es una nación lacrimógena por si no lo sabías, ama las telenovelas más que a la vida misma. Nombra a sus hijas con nombres de personajes del momento, de la pobre del momento. La heroína sin madre, que vive menesterosamente sin saberse heredera de una vasta fortuna. Mira alrededor: qué puede ser novedoso en los parques cuando repetimos diálogos recién aprendidos del televisor. La educación amorosa viene de guiones melosos y decimonónicos: el gesto de la letra se abre y es un corazón que anhela encontrar el alma gemela/el amor de la vida. ¿Te das cuenta? esta es una nación condenada a no salir después de las 9 de la noche, hora fundamental de quedarse en casa y dejarse llevar por el drama de pantalla. Los detalles de la vida de los actores compensan las carencias reales, compensan todo. Tú eras ajeno a esto. Llama la atención cómo proteges tu vida interior. Hablas poco. No haces preguntas incómodas. Mientras los demás llenan cuestionarios extensos de confesiones públicas. Cuestionarios de mercadeo. Cuestionarios que complementan solicitudes de empleo. Las telenovelas —si lo piensas— son la didáctica inagotable del conocimiento del alma. Son nuestra versión del alma nacional, sin grandezas, sin pretensiones: una didáctica de la exageración, del melodrama, de la exhibición del carácter abyecto aun si puro de una nación que languidece y lloriquea. Sin orgullo que la salve, una heroína vacía.

## Las carnicerías

La falda se abre y el cuerpo sale. No para siempre. Nos preocuparemos del futuro cuando llegue el momento. Nos ponemos en las terrazas a fumar y ver videos. A eso le llamamos aprovechar el ahora. Luego iremos a casa a dormir en camas tibias. Resguardados por una noche más. Mañana no se sabe. Conversaremos horas por detalles que agotan, que nos agotan. La angustia nos entrará tan despaciosa que no sabremos cómo llegó tan dentro. Los celos son un demonio de la noche.

Ante las vacilaciones del porvenir recomiendo ir a las carnicerías. Yo dejé de ir al teatro (que nunca fue lo mío), al cine, al mar, desde que descubrí las carnicerías. Son mejor incluso que las iglesias. En las carnicerías uno encuentra paz. El cuchillo cae, las piezas monumentales del animal destazado cobran forma: bisteces delgados, rojos. Esa es la belleza, concluyo: un animal repartido en piezas que son detalles artesanales. Para llevar en plástico a casa. Para congelar. Para ponerlas al fuego y alimentarnos.

El espectáculo inicia cuando llega la camioneta del rastro, las reses cuelgan de las patas, abiertas en dos. Un ganado en perspectiva: desde arriba podrían verse aún íntegras. Desde mi lugar veo a los hombrecitos de mandiles blancos, ensangrentados del centro, ponerse una res al hombro y caminar con la bestia a cuestas: la lleva al lugar, la pesan, y comienza la división: los cortes, la imaginación de dónde va qué. Las cabezas de los cerdos miran de otro tiempo, acaso más cándido. La lengua de la vaca —se dice— es uno de los cortes más exquisitos. Sólo decía mío la pobre en su exquisitez desconocida. Comedores de pasto y otras cosas sospechosas. Ahora son para nosotros. Llegaron a la carnicería del barrio. Hoy hay carne. Siempre hay carne. Este es un mundo feliz. En la vitrina hay costillas, grasa compacta y afectuosa, tripas brillantes, piernas firmes, todo ahí es una fiesta. Al cerdo le hacen ronda las moscas, con una música invisible celebran lo que está por celebrarse: la muerte inminente de algo es la vida inminente de algo más. Simple. Básico. Estruja el corazón de tal forma como el arte dejó de hacerlo hace ya tiempo.

## Catálogos diversos

Un ciclo de lavadora. Un sueño que comienza y no recordamos el final. Un vaso de agua. Un libro a medias en la mesa. Hombres que pasan por este lugar. Todos ellos comestibles. Una canción que se improvisa en la cabeza. El *soundtrack* de la siguiente hora por lo menos. El trabajo del día. Imágenes difusas de personas del pasado. Vivir es hacer catálogos diversos: acciones, posturas emocionales. Tomar partido. Gente que ver. Gente que hay que dejar de ver. Catálogo de empleos. Donde hemos estado. Donde debimos estar. Donde no estamos todavía. Las vidas infinitas que uno vive y que hasta parece una sola. Los callos de los dedos por escribir. Los callos en los labios por decir cosas. Somos pocas acciones en resumen. Y cómo complicamos todo. Las multitudes. Los perros del parque. Los taxistas. Los bartenders. El amor invisible de los que viven juntos por años. La simpleza del pollo hervido. ¿Qué de todo nos hace resistir?

## Definición del fantasma

Un fantasma no es sólo aquél que pierde los hábitos. Un fantasma es un ser hecho de intermitencias. No es lo que es, sino lo que deja de ser en el instante de su aparición, por estar en un sitio deja de estar en miles a la vez. No duerme nunca en paz porque estar se vuelve un asunto de angustia: de elección. ¿Dónde será más querido o admirado? ¿Valdrá la pena estar donde está? ¿No estará más mimado en otro sitio, con otros? ¿Su presencia no será más significativa, trascendental en otro clima, en otros salones, en otras estaciones del metro, en otros cuerpos, tantos otros cuerpos? el dilema del fantasma es harto comprensible. Desvanecido o a punto de desvanecerse. Reanimarlo es darle algo que no tiene: alma. Anda por ahí con su rostro doliente porque nunca está seguro de nada, de dónde quiere estar, de qué quiere comer, de qué quiere tomar, qué ropa ponerse, qué música escuchar, a qué gente dedicarle su tiempo. Uno va al mismo sitio por años: el del trabajo, el del ocio, el de la perversión incluso. Repetimos al cansancio de manera ordenada y sin márgenes de error. Cuando dejamos de ir por alguna razón sentimos que nos están esperando, que algo se rompe y no puede seguir sin nosotros. Pero no es así. No hace ninguna diferencia. Las ciudades se rellenan. La gente vacaciona. Un día otro día. Sin nosotros. La única costumbre que puede quedarnos en el cuerpo es la de pegarnos a las paredes y comer cal y soñar con atravesarlas y estar del otro lado.

## Uno es de quien le da casa

Alguien te deja un día y no eres el mismo. Hay gente que te compensa, te da a ti mismo. Te hicieron con sus manos. Te peinaron. Te llenaron de comidas que no volviste a ver. Te bañaron en el río. Te pusieron la ropa. Te gritaban a comer. Te hacían lavar platos. Te curaban de espanto. Te metían al hielo cuando las fiebres. Una vez que te hubieron hecho te sacaron al sol, te extendieron y te dejaron ahí para que fueras libre. Aún no te recuperas de esa libertad. La libertad y tú. Uno no es sólo de uno mismo, supongo que eso ya lo sabes. Uno es de quien te pide y te hace. Te acuna. Te pone una tela encima para que no te coman los bichos. Uno es de quien le da casa. ¿Tú qué has hecho por mí a estas alturas? pensándolo bien no me eres suficiente. Aunque digas sí. No te soy. No me eres. Me cansé de este diario sentimental. Demasiados sentimientos. Puros sentimientos que pienso. Que veo de lejos reflejarse. Que veo de cerca. Que veo que caminan. Que veo que ya van al kínder y pronto será su graduación. Sentimientos exquisitos. Vestidos de gala y maquillados. Tendrán familia. Los huérfanos desconfían. Te haría de mí. Si pudiera. Si vieras las ganas que tengo de llevartéme. Pero no eres de mi casa. Eso es algo que no hay que perder de vista.

(Llevo escribiendo esto demasiado tiempo. ¿No crees que es tiempo de cerrar esta perorata que, por otro lado, tiene un algo de encanto aún si patético pero encanto al fin?)

## Vida interior

A todo esto te digo algo: hay una vida que llevamos dentro, una vida ciertamente rodeada de misterios y sutilezas, una vida interior. El interior es un tejido malhecho. No entendemos de dónde salen tantas hebras distintas ni las tantas relaciones estrechas que se hacen entre sí. La pasión que te habita es abrumadora. Pude haberla confundido con la mía. Pero no fue así. Tu vehemencia oculta todo lo demás: tu forma y tu práctica de timidez, tu sudor de manos. Te estremeces por cualquier cosa. Tan vehemente que pareces inestable. Tembloroso.

Te diré de mis dientes. Mejor no. La vida es breve para detallar las cosas. La vida interior es aún más breve. Apenas notable. Inaudible. La vida interior nos ocupa en nuestras conversaciones. No sabes lidiarte contigo. No sabes ponerte en el centro de ti. No te culpo. Pocos pueden. Nos visitamos desde las periferias. Mi pelo. Mi cara. Mi cuerpo. Mi voz. Todo era una cosa compacta en ti. Sólo en ti. Fuera de ti no hay sentido de movimientos. El desplazamiento del ser pierde su glotonería, el azúcar elemental que nos seduce, la piel del otro. En este caso particular tu piel temblorosa y ajena. Sin mí por todas partes.

Una mejor vida. Eso aspiro. Como todos. Por la nariz claro está. Una vida con una estufa moderna, que le quepa un pavo entero de cinco kilos para una cena de navidad. Una vida con objetos inútiles. Con servicios. Con vista. Con esperanzas-de-cada-día-al-despertar-animosamente-sin-tregua-. Con cortineros de madera. Sin adornos en las paredes. Una vida como una casa. Una vida como de vacaciones. Una vida sólo con ruido cuando sea en verdad imprescindible. Con un clóset amplísimo. Muchos zapatos. Te decía. Los zapatos son importantes. No frívolos. Importantes. La vida se mete por la boca. Sale por la boca. Desde el comedor se ven muchos pinos, de jardines vecinos. Cuando estoy en la calle no logro ver a qué casa pertenecen. Sólo veo sus puntas. Un paisajito de postal desde la ventana. ¿Los suecos verán árboles desde sus ventanas? estuve en Canadá una vez y de todas partes se ven árboles. Es un país embosquecido. Su relación con la naturaleza no es la misma que la nuestra. Oh no. Lo único que nos queda es intentar comprender la naturaleza humana a falta de la otra. Eso es algo que no intento más. Yo tengo vista a puntas de pinos pero hay quienes no tienen vista de ningún tipo. O se verán a sí mismos. O no ven y no extrañan ver nada. Porque luego pasa eso, que suponemos que los demás necesitan ver o hacer algo pero luego resulta que no. Que muchos están realmente bien como están. Que la vida les va. Como sea. Uno es el que se inventa historias. Historias urbanas. Que hablan de extremos y soledades, de visiones de los otros. Empecé un proyecto: tomar fotos del ventanal de una

vecina e ir tomando fotos a la misma hora para ver qué cambia en el mismo sitio. Comencé ayer: a las tres y cuarto de la tarde se veía su venta abierta y colgaban al sol los cojines del comedor, sujetos con pinzas, parecían aretes. Eran claros y con listones en los bordes, el mantel del comedor que también se logra ver, era rojo y a cuadros. Desde su departamento, por la posición del edificio, ella no puede ver los pinos, le toca de vista el muro de enfrente y un ventanal que es de otra vecina que vive sola.

Todos aquí —supongo— quieren vivir mejor. Se les nota. Son reservados. Sonrientes en su reserva. Sueñan con una mejor vida. Con vestir mejor, con comer mejor. Con un mejor empleo. Con no estar solos. O será después de todo que duermen temprano sin pensar en nada más, o en lo del día siguiente, eso que espera y se reproduce sin darnos tiempo a trabajar por una mejor idea de vida.



## Encontrarse

Nota mental: quitarle a todo lo que escribo los también/todo/todos/nadie/nada/nunca/pero/Ah. Quitarle *todo* a todo lo que escribo. No sé qué creas pero (notar este pero) no te buscaba. Y me hallaste. Estaba perdida como un objeto. Preguntaste por mí en el mostrador, diste mis señas, y me entregaron. Y fui encontrada. Nadie nada nunca me hizo saber qué significa esto de encontrarse. Hablamos de un lugar donde la gente se encuentra. Un punto de encuentro para emergencias. Punto de encuentro para citas. Para referencias de lugar y de tiempo. ¿Si algo no sabía que era buscado puede ser hallado? ¿El encuentro puede darse en ausencia? ¿Se puede uno encontrar en el silencio? La forma de ti y de mí se hace mayor, más intensa, una mancha que recorre y gana terreno.

La pregunta es, ¿qué vas a hacer? con esto y lo otro y lo que no se dice y lo que aún (notar este aún) no viene, qué vas a hacer. Una vez que me hallaste (y me hiciste saber que soy un objeto que se encuentra) ¿qué vas a hacer? Defino encuentro como intercambio. Puede ser. No necesariamente, pero puede ser. Yo me doy y tú te me das. ¿Hay encuentro sin un darse? ¿Si alguien se da con qué de sí mismo se queda? ¿Habrá un dar sin que signifique vaciarse? ¿El vacío del ser? ¿Si nada se regresa? ¿El otro se queda con lo propio de uno y en ese sentido, qué es de uno entonces?

Encontrarse es hallar en uno lo del otro sin que nadie nada nunca nos hubiera indicado por dónde era el comienzo de la forma que nos pertenece.

## Barra de ensaladas

También sé guardar silencio. Entre una palabra y otra se deja sentir la ausencia. De ruido, de sentido, de significado posible. Un intersticio es un puente y las palabras y los gestos se balancean de un lugar a otro. No creo en lugares mejores que éste. No creo que tengamos que salirnos para hallarnos. No creo que tengamos que encerrarnos para hallarnos. La barra de ensaladas es un mundo nuevo y fresco: multicolor. Una *polaroid* del gusto. Te quieres llevar esos alimentos a casa y protegerlos de todo. Los elementos básicos: el verde, el rojo, el otro tipo de verde. Ensaladas y sopas hirviendo. Carnes cocidas de más. Carnes rojas. Una vez formaron parte del cuerpo de un animal. Un animal en fragmentos para nuestro bien. Nos alimentamos de otros. Del otro. Del uno mismo.

Nos comemos a trozos sin darnos cuenta. No podemos dejar de comer. Está en nuestra naturaleza. Las vacas son hermosas. Son grandes, bicolors y tienen tetas que alimentan. Sobre todo tienen ojos simples, vacíos. Rumian. Se quedan en un perímetro y hay que darles de golpes pequeños para recordarles que hay que moverse. Que ya se terminó el tiempo de quedarse. Silenciosamente somos frágiles. Porque no decimos, somos. Este ser vive en una morada interior. Una morada oscura o iluminada (eso depende en gran medida del día) que nos da forma. Nos miramos. No quiero darte palabras que te empujen a pensar, a hacer, a sentir. Quiero que tú tengas las palabras. Porque verás, las mías están un poco mal alimentadas y las guardo en un lugar de la alacena, fuera del alcance de los niños y del calor natural de las cosas. Cerrar la boca es cerrar los ojos. Cerrar el cuerpo. A veces se escapan gestos que dicen más de lo que uno quisiera. Esa vez toqué tu nariz con el índice y no era para señalarte. Era un gesto que sigo sin descifrar. Las palabras hacen pensar. Por eso prefiero que sigan guardadas. Pensar nunca es bueno. Uno se oculta detrás de tantos pensamientos que no piensa claro. Los pensamientos son manos.

Si te caes lo primero que metes son las manos. Si te caes. ¿Si me caigo me cachas? ¿Si te digo sí? ¿Si no quiero? tú bailas solo sin que nadie te lo pida. Todos te miran y juzgan tu falta de gracia. Tú eres tan tú que no podría empezar a jalarte de ninguna orillita. No te dejas. Eres resbaladizo. No quiero cazarte. Lo que pasa es que estoy cansada. Me despierto y estoy cansada. Tú eres un proyecto agotador. Y yo, yo no puedo. Tendría que darte tanto. Y sin embargo. ¿Dónde estabas antes? Si vieras el mundo. Si tomaras forma. Si fueras yo. Sabrías. Sabrías. Que esto que languidece y se acartona es una manera mía de callarme.

## **Canciones de iglesia**

Las canciones de iglesia me hacen llorar. Pienso en Dios. “Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre”. Un dios amigable. Eso es tan necesario. Hay que tener a Dios de nuestro lado. Una carita feliz. Un guiño. Un hola que abraza. Dios está en todas partes. Dios está en mí. Dios tiene un trozo de él en todos. O es Dios completo en todos. Todos caminamos con Dios encima, adentro, abajo de la lengua, en la esquina de los ojos. Nos saludamos sin ser plenamente conscientes de ello, de que Dios está aquí. *Qué hermoso es. Él lo prometió donde hay dos o tres.* John Lennon tenía un Dios más lindo que otros.

¿De Dios interior a Dios interior podremos vernos? Tu Dios debe ser particularmente impaciente, estás todo el tiempo balanceando tus pies o las manos. Un día creceré. Mi Dios, te lo digo sin constancia de ninguna fe, me hará realizarme.

## **El sol tiene un cuerpo preciso**

Por si no te vuelvo a ver. Me quedo con la luz. Los hilos de luz que tomé de tu camisa, tan abotonada y a rayas, sumida su existencia en parte bajo el pantalón. Te cuento el día: vi una película, comí algo aprisa, y salí al jardín a leer un libro, tomar sol; ya es otoño. El sol vive dispuesto a ser notado. Yo lo noto. Su presencia no me es indiferente. Tiene un cuerpo preciso, un aura y un estilo particular cuando se marcha. Tiene una manera brusca de tratar a las mujeres. Eso me gusta debo admitirlo. No hay manera de ignorarlo. Me quito los zapatos y le ofrezco lúbrica los pies extendidos. Los tobillos. Las manos volteadas en el rostro. Hay una comunicación ardiente. El amor ocurre saldamente después de un rato afuera. Un amor virgen. Contra la piel. Un amor de no necesitar alguna otra cosa. Pura, inmarcesible, abstracta. Esa soy yo en el jardín con vista a cuatro tanques de gas, un barandal oxidado y un largo trozo de cielo. Por si no te vuelvo a ver antes de que se me olvide como suele pasar con asuntos principales te aviso que tengo una sospecha: no te veré llegar perdido o encontrado, no llamarás por teléfono, no enviarás señales de tu bienestar oscuro, de tu oficina secreta, de tu agenda semanal, de tu vida propia, de tu intimidad sin prisa. Sospecho que te irás a tus viajes y seguirás las rutas y amarás de tantas maneras. Sospecho tu porvenir. Estaba en las líneas de tu mano. Me quedo con la luz de ti, que emanaba de ti; eres, desnudo, un cuadro renacentista.

Tus manos eran jugosas en mis manos. Pulpa de un fruto ansiado. Pulpa luminosa. Mi cara tenía un lugar preciso en ese fruto. Por si no te vuelvo a ver te aviso que me cambiaré de casa. Buscaré una casa menos airosa. Donde el sol pueda ser otro y no el desdeñoso señor de esta casa única. Estaba en las líneas de tu boca. En el entrevero de tu raíz. En todo tú estaba la demarcación semántica de decirme adiós por los poros, adiós por los dedos, adiós por los ojos. Adiós. Entiendo. Ahora entiendo. Lo que no tenía que ver lo veo. Lo que no tenía que hablar lo digo. Y lo que estaba herméticamente cerrado se abre de brazos y me despide. Cálida, afectuosamente me despide.

## Ruido blanco

Esto que te escribo/te digo es un conjuro. Porque las palabras mueven cosas. Mueven labios, mueven a no creer. Mueven a dar sesiones de fe, una fe abierta y clara.

Se trataba, decía, de que alguien, digamos tú, viniera, oliera el pelo recién cortado y durmiera sin sueños. Durmiera noches blancas. noches-paredes, noches-páginas-sin letras. Yo estaría ahí, en algún sitio del sueño. Emplazada. A destiempo como las cosas que en verdad importan. El amor tiene un asunto de ritmo y de pausa y de pésima sincronización. Una estación de radio lejana vamos, por decirlo así. No hay manera de oír claramente lo que se dice: ruido blanco. Ruido de pared. De sábana de hotel. Un ruido presente hasta que por fin lo apagas y escuchas la ausencia de ruido. Yo estaría ahí. Y mi presencia sería todo. Una avalancha de éxitos. La película que recién se estrena. Ya que te tengo qué hago. Mggghjjjj. Empezar. Digo: esto se trata de escribirte cosas que no te dije, que dejé a medias, que pensé decirte pero no pude o no hubo tiempo. Pensaba lo que dirías. Una conversación vacía la mía. Una obra abierta. Demasiado contemporánea para moverme cómodamente. Vayamos al museo de arte moderno a ver paredes blancas. Por favor. Desde que escribo hablo de ti. Desde la primer nota de mi cuaderno de primaria. Sin conocerte te escribía siempre. Desde ya. Porque era importante tomarte en cuenta. Tomarte sobre todo. Esto no se va, se me lleva a lugares extraños. A veces no estás ahí. Raro, ¿no? escribir si no estás, a pesar de que no estás o quizá por ello mismo, escribir. Decirte que. Finalmente. Hemos llegado a un punto. Una línea continua en la carretera. No hay letreros. Uno conduce y ve avanzar el velocímetro. Pone la radio. La misma canción desde la última vez que encendimos la radio. Creo recordar. Esto no es un conjuro/es un ejercicio de memoria. Un souvenir nemotécnico. Escribo para mis amigos. Mi amiga embarazada de tres meses. La cara se le llena de otra persona cuando habla. Mis amigos de lejos. Mis amigos de tomar el té a la vuelta de la casa. Mis amigos chantajistas. Mis amigos posesivos. Mis amantes que se van y luego vuelven sin explicar nada. Se quitan la ropa porque es así la historia: nos une la desnudez y la carencia de relatos. Mis maestros. Mis amigos homosexuales.

Escribo para las paredes del cuarto. Cuatro paredes. Vivimos en cuadros/rectángulos. Por si no lo habías notado: las casas son cajas con o sin cortinas. Cajas de zapatos a escala. Corrijo tareas. Señalo las faltas de ortografía. Preparo los enunciadores gramaticales. Y saldrán a ganarse la vida. Y saldrán a mejorar el mundo que les rodea. Y saldrán de sus cajas a vivir. Pensarán que todo es posible y son tan jóvenes. Si te contara. Son tan jóvenes que asustan. Comienzan por el reproche. Ahí está el verdadero encuentro generacional: entre ellos y yo el reproche. Te decía entonces: un cristal en los ojos anuncia que vienes a lo

lejos. Abro los ojos y el lenguaje que es tan breve y de naturaleza esquiva. Vienes y sigo aquí, donde estaba la última vez. Escribiendo porque no sé hacer otra cosa. Y te entrego el cuaderno que es mi manera muy particular de entregarme, así, quedito, sin decirte nada más ni aclararte nada, ni decirte que lo que hojeas soy yo. Aunque eso creo que lo sabes. Y si no, qué más da. De todas formas se trataba de ti y sólo de ti. Siempre fue de ti. Ahí está: el final del final de todo.

## Los vendedores de rosas

Un niño en su carrito. Una madre que conduce. Una chica que espera y mientras espera contesta un cuestionario para mejorar la imagen de alguna mediana empresa. Una pareja que se destroza a besos en una esquina. Una madre que recoge el osito del hijo arrojado cinco veces en los doce minutos anteriores. Los vendedores de rosas. El día aletargado y pobre, descolorido el sol. El mercado apenas se monta. Los hombres con franelas rojas estacionan autos. En los cafés se escuchan máquinas de capuchinos que espuman la leche. Algo está por comenzar. Una mujer habla pésimo el italiano mientras se cruza hombro a hombro conmigo. Un hombre toca el claxon en la fila recién hecha de la avenida. Una madre se detiene y alimenta a su hijo. Los panes se exhiben en las vitrinas. Hay fila en los bancos. La gente espera a más gente. Las aceras lucen congestionadas. Mi amiga viene tarde. Esto es así: esperamos gente, esperamos y esperamos. Un ciclo de espera irremediable.

Cántame una canción. La que quieras, la primera que venga a tu memoria. Méceme. Ponte atrás de mí y méceme. Ponme a dormir. Tócame el pelo hasta que olvide que estamos aquí y esto es lo que es, lo que logramos que sea. Qué abrumador, de todas las cosas abrumadoras, el deseo.

## **Electrodomésticos**

Dejo de decirte todo. Me inclino por compartir las últimas noticias. El sueño vuelve. La luz del refrigerador nos ilumina a todos, es luz de vida, ahí dentro nos echaremos a perder en menos días. Luz que salva. Luz de luz. Más que la luz del horno que sirve de vigilancia del plato la luz del refrigerador es discreta, apaciguada, sólo se despierta si la llamamos a que venga y nos dé. El refrigerador nos abre. Se alimenta. Se contiene en su olor mezclado de desechos que viven-al-día. Apenas. Las sobras del restaurante. Los restos de uno mismo. No hay monstruos en la oscuridad, eso lo sabemos desde niños. Los fantasmas no existen. Son detalles que dejamos al margen de palabras y algunos seres que echamos de menos; lo que hay y son vitales para la comprensión metafísica son los aparatos domésticos.



## La especie

Esto va así: la especie. Si tú eres una ventana soy una ventana. Si eres una cuchara soy una cuchara. Si eres un cometa, si eres una canción, si eres un juego infantil, un barco, una cuna, si eres un manantial, una madriguera, una avalancha, si eres un frasco de pastillas, un hipopótamo, una prerrogativa de ley; yo soy eso. Lo que tú eres.

Las personas se dividen en dos tipos: las que gritan en público y las que no. Podríamos hacer un inventario de muchas divisiones. Pero ésta me parece muy importante. No preguntes. No hace falta tener respuestas. Me basta con tipificar, clasificar, diseccionar. Hay espíritus calmosos y otros aullantes. Yo tampoco sé pero eso determina muchas cosas. Sí, es extraño. El cielo es una nube suspendida por mucho tiempo.

## La piel

La piel se mueve. Se mira y se mueve. Una vez de tanto moverse mi piel se fue de mí. Lo que quedó era yo realmente. Un yo sin adornos de ninguna índole. Mi naturaleza asusta. Quería decirte del tiempo que vivimos. Pero no era eso. Del mal que vivimos pero no era eso. Me despierto en la madrugada y no puedo dormir. Me rodeo de gente a ver si me dan sueño. Leo libros, cocino de más, compro plantas nuevas, cambio la cortina del baño y el tapete, pienso en los espejos mientras lo hago y en los artículos de limpieza. Cada cosa limpia algo. Cada cosa debe ser limpiada. ¿Quién se lleva la piel sucia? la piel de cada uno, la piel usada. Quién nos cambia y nos pone una piel nueva, recién lavada y fresca. Hagamos un picnic. Vayamos al centro de la ciudad y a mitad de la avenida principal extendamos un mantel a cuadros. Los autos se detendrán. Vendrán oficiales a defender nuestros derechos de peatones, o creerán que somos parte de una nueva protesta. Sacaremos nuestras manzanas relucientes. Servilletas blancas, café de termo. ¿Quién vendrá a llevarnos de los hombros rendidos y sucios a casa? ¿Quién nos salva a la mitad de la ciudad sin nada que decirnos? ¿Quién se dormirá en mi cama? ¿Quién comerá mi sopa? nos llevarán, de eso estoy segura. Nos dejarán en un lugar maloliente. Nos harán preguntas que no podremos responder. Nos quitarán de nosotros. No volveré a verte. Por eso te llamé. Porque vi venir los hechos. Y los hechos son: tú venías a mi encuentro y algo pasaba. No alcancé mi final feliz. Mi final de vida-real-que-vale-la-pena-ser-contado-para-que-los-demás-tengan-esperanza. Estuve cerca, eso puedo decir. Tú eras mi cercanía. Mis días contados. Y la piel respira.

## Fotografías

Otra cosa. No hay finales de historias. Las puertas no se cierran del todo, quedan entreabiertas o atoradas con algo, pero no se cierran. Nos aseguramos de eso. Acabo de ver unas fotos de ti. Las mejores son donde no ves la cámara y miras hacia otra parte y quien te las haya tomado se acercó sigilosamente y el *click* de ese segundo te apartó de tu ensimismamiento. Las fotos tienen ese instante de antes de que voltees y te des cuenta que hay alguien ahí con una cámara, y de que ya no te perteneces. Me gustan los hombres tristes, saben de qué está hecho el mundo. Me gustan los que se dejan la barba por tres días por cansancio. Me gustan que están ausentes por horas pensando en tantas cosas, apurados en su apatía extraña. En su fatalidad interior. Son mis sujetos preferidos. Los quiero poner al hombro y presentarlos en las fiestas. Aunque sé que no aman las fiestas y prefieren esos domingos donde nada pasa y las bancas del parque están vacías. Prefieren quedarse solos y despertarse a las tres de la mañana porque la angustia otra vez. Su casa es un desastre: metáfora de su desastre interior. Me gustan esos hombres: derruidos por dentro por un ácido invisible. Ajados los dientes, las manos; hombres víscera-hombres-hombres. Tan viriles que dan miedo porque tienen ojos saltones, ojos de haber matado a alguien la noche anterior. Ojos de loco. No tenemos por qué conformarnos con lo que nos toca. Pero lo hacemos y bien. Vamos más allá: no pensamos en los hubiera. Ahhhh si yo hubiera. Miedo. Aliento gélido. No ata. El truco consiste en dejar crecer la cuerda y soltar. Lo que hubiera sido de nosotros. Tan talentosos por otra parte.

Dios nos ve. Nos rodea, dicen los paranoicos de mi iglesia de niña. Nos mira en el baño. Nos mira bajarnos las pantaletas. Nos mira los párpados y sale de la habitación sin hacer ruido. Puse tu foto de protector de pantalla. Verte así sin que me mires no me intimida. Siento que tengo algo de ti sin tu permiso. Robarle algo a alguien debe ser así. Las historias son continuas. Se extienden o se esconden. Te pongo metafóricamente al margen de la mesa. Para tener objetividad y verte de lejos. Soy seria. Me propongo fehacientemente abstraerte. Dudo de ti. ¿Eres real? ¿De qué color es tu piel? ¿Y yo? ¿Qué tan real soy? Nunca nos encontramos. No te he visto. Tú eres mi imaginación. Aunque no sé imaginar nada que no me pase. Mira. Mira. Si te nombro eres. Si te nombro.

## El ventilador de la felicidad

Cuando te echo de menos duermo desnuda. Cuando te echo de menos. ¿Y si te echo de más? Tú yo estamos descalzos en la cocina y eso es lo último que recuerdo y decías algo sobre las cortinas abiertas y los vecinos de enfrente. Qué bueno que nada te arrojó a mí. Somos tan libres que somos patéticos. ¿No crees? mi amiga más frágil es una abusiva con los demás. No actúa por esa regla de oro que dice "no hagas a los demás..." ella hace con los demás lo que exige que no le hagan. Mjú. Pienso lo mismo. En ocasiones el ventilador de la felicidad que tenemos dentro se apaga. Hay que esperar a que solito eche a andar. Eche de menos. Eche de más. El airecito de dentro que nos ventila y nos mantiene más o menos en una nubecita personal y quinésica lejos de los demás. No se te olvide aún cuando no me veas: soy un bichito dialógico. Acaríciame en la memoria el lomo cuando tenga preguntas. Acaríciame de lejos. Podría ponerme en tu regazo imaginariamente y te lamería las manos. Si me hicieras respuestas de vez en vez. Yo-digo-que-las-palabras-hacen-cosas. Cuando como comida chatarra me siento más inteligente. Tengo prendida la tele mientras pienso. Silenciofóbica. Vacío fóbica. Paranoica de las paredes blancas. Mi tribu cuelga cuadros en ellas. De preferencia originales y no reproducciones. Colgamos sombreros y bufandas. Experimentamos con las paredes. Antes de que te pongas a hacer el amor en el suelo de tu casa piensa en que las paredes cuelgan tu vida en jirones recuaditos. Antes que llegues a la cama y desnudes a alguien por primera o última vez. Y le sueltes el pelo. Y le hables al oído. Y la calientes para ti. Y la agites. Y le cantes una canción de cuna. Y la veas dormir con la espalda única. Habíamos soñado. Hubiéramos soñado. Podríamos haber soñado. O no. O sólo dimos por hecho que soñamos. Echamos de más. La vecina me contó hoy que está a punto de demandar al gordo que vive abajo de mi departamento por acoso. Parece ser que la siguió en la calle en una motocicleta gritándole porque azotaba la puerta de entrada. Tiene de testigos al del puesto de periódicos y al de la tienda. Dice que las mujeres debemos apoyarnos y quiere mi ayuda. Yo le había llevado pastel de chocolate y termino en una historia de demandas y de proximidades incómodas. Ella sospecha que el vecino viola a su hija adolescente. ¿Qué podría ya sorprendernos? las paredes vacías me sorprenden. Me angustian. Me emparedan. Las paredes de antesdemí que estarán después después después cuando yo viva en otros departamentos y las deje sin mí. Los clavos solos. Soportándose. Oscuros clavos en el muñeco vudú que es una casa. Alguien tiene un objeto con mi nombre y le coloca alfileres: ora la boca, ora el estómago, ora las piernas: un saquito femenino de costura como la casa que dejo.

## Pepe Le Pew

Nunca ando con sombrilla. Aún cuando sé que va a llover. No tengo respuesta para eso. Así tenga varias en casa nunca las uso. Mis uñas son un desastre, pero siempre lo han sido, no sé por qué me sorprende pero me sorprende. Y el pelo pesa. El mío debe pesar unos 200 o 250 gramos. En verdad. Te digo. Déjame y te digo todo esto. No creas que exagero. Que sí lo hago pero aquí no. Aquí es como un diván con el terapeuta que no veo. Obvio. ¿No te parece? ¿Distingues a los que van a terapia de los que no? Yo creo que los terapeutas son buenos para ti. Mira a Woody Allen, está de lo más bien y ha ido a terapia tres cuartas partes de su vida. En este momento en este lugar un cubano me mira de frente. Sabe que lo distingo por su acento particular. Me mira mirarlo. Bajo la mirada. Él gana. Seguro que no va a terapia. Los juegos de miradas. Mggghjjj. Puedo decir muchas cosas al respecto. Pero otro día. Se quedará en el país seis meses. Sonríe por todas partes. Su alegría me abrume. Me deja sin armas. Tiene a su madre en Cuba. Lo imagino llamándola los domingos. Soñando con su comida especial. Uno de estos días dejaré de imaginar la vida de la gente aleatoria que me encuentro. Uno de estos días. Pero hoy no. Se levanta de la silla y es un hombre como pocos hombres son: un hombre digamos así como posible en su virilidad: hombros anchos, caderas anchas, negro, pelo rizado sostenido en una coleta, ojos enormes y negros, dientes blanquísimos. Hombre-para-llevar. Hay gente hermosa que camina entre nosotros. Nos agobia con su corporalidad. Nos recuerda sin quererlo ellos lo frágiles que somos los otros. Un rosario de cuentas con una cruz le cuelga del pecho, tan fortalecido de otra manera. Yo con él me volvería religiosa. Un Cristo en la cama no está de más. Pero se va con su chica de luces violetas, regordeta, colgada de él. Eso la hace hermosa: él. Es muy alto, su estatura se me graba mientras se aleja. Me gustan las bocas amplias. La boca es una metáfora del corazón. En la boca del cubano que se acaba de ir caben muchas cosas: yo y sobra espacio. Mghhjjj. Suena bien. boca-aspiradora. Bien. Tú me recuerdas a Pepe Le Pew. ¿Recuerdas? la mofeta francesa enamoradiza. Un Don Juan este personaje entrañable de Warner Brothers. Se enamora de una gata que parece mofeta y él no se da cuenta del engaño pero la corteja y la ama para siempre hasta que ella vuelve a ser una gata y él no la reconoce; ya es tarde: la gata se había enamorado y no entiende por qué él se va. Un Don Juan se enamora de todas, hasta de las que no son su especie; el drama del amor vacío: cuando hay respuesta del otro lado no tiene caso: no hay reconocimiento. La seducción es un ejercicio de voracidad. Hoy tendré sueños con cubanos. Soñaré con la viejecita sola en una casa derruida en algún lugar de La Habana o en un solar, que sueña con la vida plácida del hijo lejos de ella, no por seis meses podemos adelantarnos a eso, no por seis meses. La

vieja sola, el hijo único y hermoso como un padre ausente, la boca amplia, el país amplio y húmedo, y este país donde la estatura promedio de los hombres es de 1.64 m.

## No olvides tirar las rosas muertas

El pensamiento es un lugar con poco sol. Por más que abras las cortinas no hay cielos claros ni montañas ni jardines. Abre toda la casa y tendrás frente a ti la pared de enfrente. O el espacio vacío entre edificios. El espacio que no da al frente y que se convierte paulatinamente en basurero o casa de gente que no es asidua a dormir en lugar propio. Ahí llegan los sofás abandonados, los cartones sucios, los perros flacos de nadie. Digamos que son espacios de gente y de cosas y de animales libres, todos libres. Que no lo fueron siempre, queremos pensar, pero luego dejamos la idea que se vaya al recóndito cajoncito de donde se le ocurrió salir. Y te vas a trabajar. Te subes al metro que te oscurece de otra manera. No se te ocurre pensar que respiras abajo de la tierra o que el vagón es un ataúd con publicidad en las puertas, nada de esto piensas mientras planeas renunciar a tu empleo, tampoco piensas en todos los demás que viajan contigo, tan ojerosos como tú, tan desvelados como tú, llenos de problemas tan particulares y únicos; que en una pesera pongan a varias especies; dos horas después llegas a tu oficina. Te sientas. Recibes los buenos días desmejorados de los lunes. Comienzas las tareas dejadas a medias desde la semana pasada. Y de todo esto lo único que piensas es que olvidaste tirar las rosas muertas, las que se marchitaron después de una semana en la mesa del comedor. Te lo vienes diciendo hace tres días, de todas las flores las rosas se ven más tristes cuando mueren. Quizá por lo grandiosas que son, por el cliché que son, por el color de mejillas de mujer joven, por el olor, por esa vez que las viste y sentiste que tenías que llevarlas contigo, envueltas como un bebé en brazos cruzaste la puerta de la casa y las pusiste en agua sin cortarles las hojas para imaginar que las acabas de traer de tu jardín imaginario; las llevas al centro de la mesa donde no hay sol y la escenografía es parca y los muebles desentonan. Las rosas son el toque que faltaba. Hasta que mueren, y mueren tan pronto. Las veías cada día: empezaban a decepcionarse pero los pétalos no se caían, sólo se hacían pequeños, se cobijaban en el tallo. Volvían a su posición fetal, su vida de capullos supones tan bien. Hasta que mueren. Sabes que tienes que llevarlas en una bolsa de plástico para que no escurran y no te causes ninguna herida con las hojas filosas o las espinas. Las rosas tan bellas. Como no lo es tu casa ni tu vida ni tu empleo ni nada de lo que te rodea. Las rosas te recordaban algo de otro lugar. Un lugar que te espera con los brazos abiertos, como la mujer que es para ti y que como no te encuentra se la pasa maltratando a niños en un colegio particular. Nada está en su sitio. Tu jefe te felicita por las estadísticas del reporte. Te da igual. Vives la vida del da-igual-lo-que-viene. La mujer que te espera y no te encuentra sueña con tu voz pero

eso no lo sabes. Los pétalos van perdiendo el color desde las orillas al centro. De afuera hacia dentro. Como un pensamiento que ahoga.



## **El camión de la basura**

El camión de la basura tiene a los lados bultos enormes donde colocan las latas de refrescos, las cajas de cartón despedazadas, y, sujetos con lazos encima de ellos, muebles que servirían para un segundo o tercer uso; un camión con tantos bultos que se confunden las materias de viejas utilidades, bultos sobre bultos y en una esquina una lata suelta para recibir propinas. Los hombres que ahí trabajan son de todas las edades. Muchos no usan guantes y se agachan a recoger las sobras de las bolsas que no entran disciplinadamente al camión; aplastan las bolsas negras que salen de los restaurantes de la zona, de las calles residenciales, algunos visten fajas para prevenir hernias o desgarres. Los trabajadores del servicio de limpia usan gorras amarillas para protegerse del sol. Gorras y uniformes proporcionados por el sindicato. Ellos construyen sus propias escobas de restos de varas encontrados en la ruta. Habría que suponer que hay rutas más codiciadas que otras. La basura de unos es riqueza de otros y es, especialmente, una fuente de empleo. El ropavejero es un servicio de limpia especializado: ¡fierros viejos que vendaaaaaaaannn! tampoco él usa guantes. Sus manos se protegen de la mugre con capas de mugre. Es inmune a virus. Por ahí no pasa nada, salvo mercancías probables. Los obreros del camión —sin guantes— se empujan unos a otros en la dinámica de trabajo cotidiano, se alburean, se rechiflan y no les queda otra que confiar en el otro, se acomodan uno en el otro mientras el camión echa a andar.

## **La voz tiene migas de pan**

Un eco la voz. Un eco. De tal forma que pegaba la oreja al suelo, al concreto o a la tierra, mi oreja pegada, mi cara pegada para escuchar los tonos suaves y agudos y apenas volantes de una voz que aproxima un cuerpo, cualquier cuerpo con voz; en la cercanía está un efecto secundario, un secreto al oído, de ahí que yo siga pegada al suelo y a la arena y al agua y a todo lugar donde se refleje el eco. La voz tiene migas de pan escurriendo de la boca abierta; la voz no es superflua, es ambigua y es de un sí mismo; la voz sale de la garganta a decir muchas cosas, muchas de ellas sin importancia alguna, pero otras, otras, me ponen en la pared y me levantan.

## Ventajas de un barrio clasemediero

Vivo en este departamento hace un año y ocho meses. Los únicos gritos son los de los vecinos llamándose a comer o para abrir la puerta (son cinco puertas con chapas desde la entrada hasta la de cada departamento). No hay discusiones. No hay peleas. Me acabo de dar cuenta de ello. No hay vecinos peleando por el lugar de estacionamiento. No hay peleas territoriales, o correspondencia perdida. Aquí nadie discute y si lo hace será en la intimidad de la voz baja y a puerta cerrada. De los trece departamentos sólo tres están ocupados por familias: sólo una la tradicional papá-mamá-hijo-hija, la segunda es una madre con dos hijas y la última es una madre con dos hijos y un nieto; eso nos deja diez departamentos de gente sola que recibe visitas de vez en cuando pero al parecer no hay relaciones tan intensas que provoquen peleas o altercados.

Veamos: un barrio clasemediero, con una mayoría de población universitaria, al menos cuatro vecinos se quedan en casa porque trabajan de freelancers; comen en casa; por lo general saludan, sonrían, sostienen la puerta si uno llega del súper cargado de bultos. Son buenos vecinos. Eso es notable si uno viene de experiencias más proletarias por decirlo de alguna manera. ¿Cuesta mucho trabajo convivir con los otros cuando los espacios de vivienda obligan a notar a los otros? ¿Cuando la intimidad rebasa las paredes de mala calidad o las construcciones azarosas mayormente familiares que se convierten al uso comercial? dos veces los vecinos -tan amables por otro lado- subieron a decirme que cerrara mis ventanas porque las voces de mis amigos se escuchaban por todo el edificio o que bajáramos volumen a la plática. Pensé que exageraban por supuesto pero ahora entiendo: uno puede hacer el ruido que quiera durante el día, en la noche todo se sobredimensiona. Incluso las reuniones planeadas en sábados o viernes no pueden durar más allá de cierta hora apropiada. El edificio está sumergido en una vida muy apropiada. La tienda de la esquina hace repartos a casa, sabe quién vive dónde y qué pide cada cierto tiempo. Todos se conocen. Sólo a veces por pura nostalgia me gustaría presenciar algo, no sé, peleas amorosas, peleas por dinero, peleas por estupideces. He pensado en ser yo la que provoque, decirle a la vecina de abajo por ejemplo que ya no soporto su selección musical aunque sólo la escuche cuando bajo a abrir la puerta. He pensado en decirle lo que en verdad opino de su adorno de su puerta: un sol de barro con rostro que parece un feto.

Afortunadamente tengo el metro, los parques, las calles, ah, son incontables las de veces que he estado ahí, tan cerca de verdaderos dramas pasionales, de amores encontrados, no correspondidos, reclamos, escenas de celos. Esta humanidad que nos convierte en notables y patéticos observadores sentimentales.

## Audífonos

De vuelta del súper. Camino unas diez calles con las bolsas blancas apenas conteniéndose para no soltarse a reír con las cosquillas de las compras bultosas. Un grupo de cinco o seis chicos me miran, visten de negro y traen el pelo en los ojos como esos perros lanudos que no se sabe cómo avanzan sin chocar con las paredes. Compartimos este tiempo, ellos y yo, pero no somos del mismo tiempo. Hablan con un oído ocupado en su música, cada uno está atado a un cable y conversa mientras pasa de una canción a otra. El sol está a todo. Hace demasiado calor, podría quitarme todo y seguir acalorada... pasan a mi lado con su clima particular, su risa sin venir a cuento, ríen porque viven o viven porque ríen, o se ríen de mí, de una mujer caminando trabajosamente, acalorada, con las compras, calculando los metros que separan de la casa donde hay un refrigerador y una alacena y una mesa para colocar todo y luego ir al baño a refrescarse, limpiarse la cara, arrojar los zapatos, arrojarlo todo por una sola vez; pasan a mi lado y son, juntos, un abanico oscuro, merecido. El metro está cerca, es ahí donde van, o a un café al aire libre, o a ver discos o sentarse en una banqueta sin nada más que hacer que mirarse a medias con su sonido personal a mitad de la cabeza, sin decirse mucho, desahogando a ciertos intervalos pálidos ataques de risa, antes de irse a casa, antes de ponerse viejos, antes de ser imaginados por alguien; es una edad de compañías la juventud. De procurar no estar solos, de rellenar las horas huecas entre la escuela y los padres, entre los padres y la escuela, caminitos desesperados. De no entender. Eso no termina nunca. No entender. Lo intentamos: escuchamos lo que el otro dice, interrumpimos si no entendemos y terminamos sin entender nada. Nos une a los demás la voluntad de querer unirnos. Nos une a los demás la curiosidad y la imaginación. Pero se acaba ese espíritu también. Quedamos llenos de nosotros, tan sólo eso. Sin poder hacer espacio a nada más. No estamos exentos de la rapacidad embrutecida.

## El porvenir

Comprendo. Ampliamos el margen de error. Una y otra vez nos encaminamos a lo previsible, a lo sin forma, al silencio. No somos inocentes, somos culpables de saber el porvenir e ir hacia él informados, cargados de conciencia y de futuro. La casa madura como un fruto, la casa signada. La casa se cierra por la noche y sus ventanas no tienen ojos y su techo no tiene sombra. La casa silencia a los durmientes.

Hice todo lo posible. Me lo dijeron, haz lo posible, lo que puedas, no, más de lo que puedas, haz lo que esté en ti para no repetirte. No funcionó. Las cucarachas se apoderan de todo. Los insectos del porvenir nocturno. Los insectos oscuros. Las cucarachas evolucionan, tan dichosas, roen y escarban, se adueñan del cartón y del vidrio y de las latas en la despensa. El futuro les pertenece. Adolescentes voraces en su habitación de noche comiéndoselo todo.

Allá fuimos a dar, al lugar común, y sabemos —es lo peor de todo— cómo termina esto. Restregamos la casa, nada funciona. Nos tendemos al sol y esperamos mientras cambiamos de color de piel esperamos, el porvenir viene, y no estamos listos ni descansados ni sabemos deletrear este día.

## Imagina

Que viene un día que viene una semana que viene un año que vienen de golpe los años que recién cumpliste y te encuentran justo donde estás, saboreando los dedos pacientes que no han hecho gran cosa desde la última vez que te viste así, de cerca en un espejo, y ya, te dijiste... en esto me convierto, en esto me soy, en esto que me da un calambre en medio del pecho y me descubro, alguien prendió la luz, alguien me conoce, me revela, me sitúa.

Imagina que alguien te toma por el cuello. Te dice con voz amenazadora: todo saldrá bien.

## **Escribir se trata de aire**

Que escribo. No es nuevo. Vergüenza. Inundación de vergüenza. Nos damos cuenta que escribir es apuntar en la vitrina nublada cosas que van a pasar: no en el sentido de premonición, cosas que en verdad pasarán de largo, que no importan, que no quedan en ninguna parte. Alientos. Entrecortados. Sumergidos en la bañera. Burbujitas de aire necesarias para respirar. Dios sumerge la mano y nos toca. Dios aprende a respirar bajo el agua. Las uñas largas y sucias de Dios nos atrapan del pelo y nos recuerdan que vivimos aún los que no creemos. Porque Dios a diferencia de muchos no es religioso. ¿Dejar de escribir? sí, claro que sí. Por supuesto. Para ya. Suelta la libreta, deja de pensar en las palabras que aún no hacen sombra en ti. Vislúmbrete. Salte de este cuadrado. Sal de la tina y toma la mano que se te ofrece. No seas necio. No profundices. No seas tan intelectual. Dentro del baúl hay cobijas para el frío pero no pienso en eso, es primavera y el calor nos pega en la silla. Como algunas plantas sobrevivimos en la resolana. Yo, de lo que tengo sed es de tiempo.

## Vista de Quito

La vista es única: una ciudad como tantas, una gente como tanta otra gente. De tan común el paisaje es inadvertido: ciudad colonial que se retira a las faldas de los andes. Los mestizos mastican maíz en los cafés y devoran trozos de carne asada, devoran granos, devoran el immaculado cereal del pan. Hacen calles, se multiplican, se encogen al instante de esperar el semáforo y dar un paso más allá. Estoy bien, nada me ha hecho temblar en los últimos instantes de la tarde, pero qué puedo decir de ésta que se amanece rodeada de verde en todas partes y descubre que las ciudades son valles viejos y recuerdan. Quiero vivir. Eso me sostiene. Quiero vivir sin pretensiones de vida, quiero vivir. Respirar y ver el cáliz de esta ciudad floreciente, muy al sur de todo, muy a la mitad del mundo, muy a la orilla de otra parte, muy convencida de que hay elementos naturales fuera de la comprensión. Hago una bola de aire de recuerdos pasados y la arrojo al tráfico donde pertenece, a que se pierda entre sonidos de ambulancias y pitidos y chirridos de autos arremolinados. Los recuerdos en una ciudad no sirven de nada. Se alimentan, se contraen, se disipan. En la plaza yo contando ciervos universitarios como otros cuentan palomas, como otros cuentan los ríos, contar los azares de tantas veces el mismo rostro en la agencia de viajes suspirando por salir de cualquier parte para llegar al otro lado y repetirse.



## Vista de Medellín

Las migas escurren de la camisa. Los pájaros se abalanzan. Luego se trepan a las cornisas más próximas a observar. Los edificios dan al parque, también a la catedral. La catedral es roja. En ella hay un Cristo recostado, no en la cruz, mirando al pintor. Agonía. Eso pienso. Agonía que no termina el gesto de decir se acabó. No hay más. Los pájaros se agotan. Se vuelan a lo alto de los árboles recién plantados. Es de tarde, la función de plaza comienza. Situaciones de familia: él, mi guía en Medellín, me hace mirar un hombre en bicicleta, se detiene en un negocio donde hay una pecera: el hombre se concentra en los peces como muchos otros en el fútbol. Él está sentado en la bicicleta como si fuera a salir corriendo el dueño a echarlo, absorto y suspendido de su ruta y de su tiempo, un hombre mirando peces. Eso y una mujer que no se peinaba el pelo fue lo que aprendí estos días.

## Vista de Bogotá

Se parte el día con dientes, disparejo el día por sus orillas. Subo la cuesta. No estoy capacitada orgánicamente para aparecerme en el mismo lugar a las diez. Suelo despertarme tarde. Por ahí de las 9 abro el ojo derecho pasmado, convenzo al izquierdo de comenzar. Vamos, apúrate, mira, la ventana promete, mira está lo que sea allá y espera por ti. Trabaja, ánimate, lánzate fuera. Llevas ocho días a puerta cerrada. Sin mirar atrás sal y ánimate, llénate todito el cuerpo de ánimo: resucítate. Vuelve a andar. El café empieza con agua que hierve. El café empieza con el día mordido. El café empieza con la música olorosa de su prontitud. Se te mete por los poros. Cáete de rodillas en el regazo del día, redondéate. Salgo del país sin mucha convicción y llego a otro con un paro en el transporte público: rodeo la calle donde está la cama donde duermo. La gente no sale al oscurecer. Razones de miedo. Un miedo prestado se me cuelga de los talones. Un miedo oscuro, enmielado de tan espeso, un miedo que de tan sutil se escurre por los quicios de las puertas, un miedo polvoso. Un miedo de muerte. Un miedo de mañana y de noche y de día que se parte a navajazos. Un miedo de madre. Un miedo de joven por el porvenir que no llega por más que uno espere sentadito en la banca del parque, un miedo estrella, un miedo de púas, un miedo que da origen a otra cosa. Un miedo que hace recordar lo que no se tiene, un miedo en bicicleta. El café llora a mares negros en la cafetera, la casa que no es mía es un incendio de miedo. Tapiaron las ventanas para no ver las orillas maltrechas de los días. Tapiaron las puertas. Tapiaron la cama. En la calle principal un arquitecto prestigioso construyó puentes de agua artificial encima de un río tapado. Le dieron premios: supo cubrir un río y encima de él poner otra agua. La ciudad apila sus traiciones. Resiste sin decir palabra, sin hacer mohines, no olvida por su bien. Por ahí, por donde no logran ver, llega el porvenir desesperado, sudando las malas nuevas.

## El motivo de la cigarra

La historia es la siguiente: la cigarra canta todo el día y la hormiga trabaja. Al llegar el invierno la hormiga no quiere compartir la despensa acumulada y la cigarra queda desprotegida. El precio por un año de canto. Sin embargo, hay quienes aseguran que el trabajo de la hormiga no hubiera sido posible sin el canto de acompañamiento de la cigarra, porque, hasta donde sabemos, la historia de la una va junto a la otra. ¿Cómo hubiera sido el trabajo de la hormiga sin el trabajo no reconocido de la cigarra? Porque ¿el canto es un trabajo en sí? La fábula enseña que hay que amar el trabajo y guardar para el invierno, hay que cuidar el futuro, proteger el porvenir. Y si perdemos el tiempo con cantos y bailes acabaremos como la cigarra. Exiliada, sin reservas para sobrevivir y menospreciada por esa misma que apreció su canto tan bien cuando trabajaba. Tanto tiempo lleva la historia con la heroína equívoca. La hormiga no hizo nada heroico: hizo lo que tenía que hacer, lo que llevaba haciendo toda su generación anterior: el trabajo mecánico *per sé*; la cigarra, en cambio, era movida por algo ulterior: el entusiasmo. Quizá la hormiga no podía perdonar eso: el entusiasmo por otras causas, por algo más, porque la cigarra sabía algo que ella no: que había algo más. ¿Qué impulsa a algunos sobre los otros a buscar algo más de lo que hay? ¿Qué hay de insatisfactorio en lo de siempreasí? ¿Por qué solemos —con toda la fuerza existente— celar la búsqueda de lo invisible? ¿Qué nos rodea si no el miedo a descubrir algo terrible u oscuro que nos impida vivir como hasta ahora? ¿O será que esto mismo es la cuestión? Un curso de vida interrumpido convertido en otro curso de vida, aún si vida sigue siendo? ¿O el miedo es otra cosa? ¿Y si fuera porque ese elemento invisible se trate del gozo? ¿El gozo simple de asuntos terrenales? La cigarra enseña algo, después de todo es una fábula: el invierno está muy lejos y el ahora es lo que está vivible, es lo que podemos tocar en cuanto salimos de la puerta. No es una lección de despreocupación o de irresponsabilidad: la cigarra tiene un cometido. Bien podía ella cantar para sí misma lejos de la hormiga pero no lo hizo. Bien podía buscar un público más agradecido. La cigarra se quedó porque era su trabajo quedarse: su afán acompañaba el otro trabajo, el que la hormiga hacía. La cigarra entonces hizo lo que la hormiga no podía hacer: cantar. Es otra historia de los dones. Por mucho tiempo la historia se acompaña de compasión y de un sentido de alarma por las cosas desconocidas que vendrán. La cartografía sentimental nos dice también otra cuestión: lo que sucede más allá de aquí no sirve si no es previsto. Por lo tanto, la cigarra es una impertinente: hace caso omiso y no vive pensando en el invierno. Para ella todo el tiempo es verano aún sin el verano. ¿Cuál es el castigo? El invierno más duro para que ella sienta en carne propia que la vida no es una canción ni una charada, es

decir, que la vida real no tiene que ver con el contenido de la imaginación. ¿Será así? ¿De qué hablan las canciones entonces? Fuera de aquí sólo hay dragones y bárbaros, fuera de aquí, de este territorio real, existe todo lo demás. ¿Es terrible encontrar motivos para salir del reino? ¿Qué miedo más atroz que el salir de aquí?

## Paris Hilton

Su abuelo demanda al padre que lo había dejado sin herencia. Gana el juicio y se convierte en el dueño del consorcio de hoteles de su nombre. La niña rubia se dedica a ser diletante de la vida nocturna y de la farándula: canta, actúa, escribe, asiste a fiestas —donde recibe a cambio dinero por aparecer, una profesional de la noche— y nada de esto la catapulta al mundo de los verdaderos actores y de los verdaderos trabajadores del escenario que un video pornográfico. Paris Hilton hace recordar una premisa de los corredores de bolsa: tiene mayor valor aparentar poder que ser poderoso. ¿Una figura de orden público? sí, lo es. Su figura parece de una niña de trece años, su pelo fino y rubio lo peina como si recién llegara de hacer deporte. Le pagan por usar vestidos. Una heredera millonaria recibe dinero para salir de su casa. Es una *socialité*. En el siglo XIX podría haber sido una cortesana. Una acompañante de lujo. Dos siglos después, amén de las convenciones en una pantalla de pulcritud aparece cogiendo en un video que hizo circular su novio en la red y esta figurita de Malibú, más parecida a Stacy que a Barbie, se lanza al estrellato de ninguna disciplina. Hilton es un personaje construido, basado en nada. La sostiene el aire. Quizá por ello es más verdadera. Su autenticidad es a prueba de todo: tan auténtica es que no tiene que probar nada. No es actriz, no es cantante, no es nada. Tiene tanto dinero que no lo toca.

## **Mandar y obedecer**

La mujer en la silla de ruedas queda detenida a mitad de la calle porque el semáforo marcó verde. El autobús se detiene y ella voltea para ver si alguien la ayuda. Sólo estoy yo que me detuve a tiempo antes de cruzar... y no me muevo. No sé por qué. No sé por qué no fui corriendo a empujarla y moverla de ahí, rápidamente. Pensé que no necesitaba nada, pensé que era autosuficiente, pensé que quizá despreciaba cualquier tipo de ayuda y ella sola podía mover la silla a gran velocidad y salir del peligro. Pero me ve. y la veo. Ella sentada inmóvil yo incapaz de moverme y ayudar. Hasta que me hace una señal y la empujo el último tramo que faltaba. La llevo a tomar el transporte, la escucho exigirle al policía ya en el corredor del metrobús su ayuda inmediata. Y sí, yo fui corriendo ya sin pensar en su llamado, igual el policía de la estación. Todos corremos por esta mujer que no puede hacerlo. Es su gracia inmóvil, su volumen de voz, su carácter de mando los que deciden por nosotros. Ya en el trayecto hará a otros moverse y darle espacio y ayuda, ese tono de voz no acepta réplica: demanda ayuda, no la suplica. y entonces veo. a los ancianos con bastón, a los ciegos, a los niños lentos escurriendo azúcar o leche por la boca, a las embarazadas en vestidos pobres, todos necesitando un poco de ayuda y comprensión. Nada nos obliga a ellos. Salvo quizá la compasión, o la domesticidad de esa compasión o piedad o lo que sea que de pronto hace que miremos atentamente sin vergüenza el rostro con acné, la cara quemada, la cara grotesca del feo, del viejo, del niño con labio leporino, del hombre sin piernas en una patineta transportando su mitad de cuerpo por un tramo de la ciudad.

## Puerto

En el puerto solía sentarme y sentir porque de eso se trataba... El sol a plomo el tinte del día la manufactura del deseo. El calor llegaba antes que uno. En el puerto uno veía el mar como quien ve azoteas, naturalmente. Las madres aúllan a lo lejos, los hijos están cercando el peligro del agua. ¿Si se murieran sus hijos tiernos de una sola vez muertos así sin vida alguna ni espérame ya voy? ¿Si nos acercáramos a la orilla y viéramos que es buena muerte la del agua? ¿Si fuera antes o después de esta bautismal muerte hacer los planes de la tarde? ¿Si morir fuera nadar por tanto tiempo que olvidemos la vida anterior, la de la tierra bajo los pies? Cuando estamos en el agua hay un instante particular donde dejamos de sentir el suelo y comenzamos a flotar somos desde ahí una otra cosa ligera al tacto sumergibles resbaladizos dispuestos al amor a uno mismo.

## Bebés

Mis compañeros de escuela toman café por las tardes y miran sobre las carriolas sus hijos regordetes. Hermosos bebés. estiran las manos para tomar el pan que les dan, sonrían y lloran tan hermosamente que el mundo se congela por segundos... Los padres miran alrededor. Se unen las familias en reuniones interminables donde se discuten olores y texturas de bebés y de sus lindos piecitos. Forman un mundo aparte, nada lo toca, ni la realidad ni las estadísticas oscuras, ni las ojeras, ni el insomnio ahora ya casi permanente. Apenas recuerdan su vida antes de la paternidad, los ceños fruncidos por otras cuestiones. Su vida es plena y sonrosada. Es comprensible pues que cada uno tuviera tantos hijos. Un hijo es un refugio. Ellos tienen mucho dónde llegar y protegerse. Se miran a sí mismos en las manitas, los ojitos, las enormes pestañas, los gorgojeos felices e incompletos. Tendrán toda la vida para completar balbuceos. Es tan bello presenciar su extensión de carne y gestos. Dormidos son aún más perfectos. Dormidos hacen pensar ese justo instante en que los vemos dormir. Olvidamos todo antes-después porque nada más importa. Un instante que dura la respiración acompasada, el olor saliendo de un lugar mejor, de un cuerpo nuevo, de una sospecha de sueño de nada, un sueño blanco, sin imágenes, sin sonidos. Respiran, duermen, comen todo por vez primera, aman los dulces y sus dedos pulgares, se imaginan algo, cualquier cosa que sea papá-mamá o material vocal. Básicos, elementales, microscópicos, seguros de sí mismos.



## Definiciones

Salvarse uno del abajo, sin ver hacia arriba. vivir en purgatorio que significa enmedio de. Salvar a alguien de vivir sólo durmiendo en la acera o bajo un puente. Salvar. Salvarse uno de salivar cuando pasa por la panadería. De orinar en la calle si es preciso. De comer cuando no se tiene hambre. De vestirse incómodo para llegar a un sitio donde lo esperan; de leer libros perturbadores; de trabajar en lo que no queremos trabajar; de llamar a alguien —quien sea— a las 2 am; de conformarse aún cuando todo sean migas de algo aún cuando arriba es lejos y falta mucho tiempo antes de aún cuando nos pongan a hacer diarios y contar cosas que no querremos recordar cinco diez años después ¿te imaginas? leeré diccionarios de ahora en adelante para ser feliz feliz feliz diccionarios para el corazón pecho estima mano vientre para no sentir no pensar diccionarios anchos y brumosos como un día frío en la playa en un país que no debí haber estado pero estuve y no me lo puedo quitar de la cabeza el pecho la mano el vientre advertencia: para ser frágil tan frágil bien que cruzas las calles de aquí con tu música cierta e individual y tus cables que te unen a otra parte donde no estás aquí aquí ni allá estás cruzando la calle como una foto en mitad de ninguna parte en tres cuartos de calle a punto de llegar a con todo sin prisa te detienes y miras sin curiosidad urbana los autos la fila de autos las luces porque se hace de noche y no recuerdas.

## Pensamientos rosas

Pensaba así. Era una noche. Luego fue una tarde. Luego otra vez una cena cancelada y un paseo en el parque que no tuvo lugar salvo en su cabeza. Pensaba pensamientos rosas. Violetas. No pasaba por los naranjas ni amarillos. Pensaba pensamientos fríos. Un día un sábado de mañana vendría, sería rubio porque así decía la televisión. Sería delgado. Sería un poco promiscuo. Pero así decía la televisión. Amaría las cortinas telón de teatro de su recámara. Bebería el viento por donde ella pasara. Sólo porque sí. Luego serían tan felices tan felices que su vida caería en una monotonía ideal. Los vecinos tendrían envidia de ellos, de sus vidas en pants, de sus cds, de sus emociones controladas. Luego, luego, ya nada importaría y ella recordaría como en una nube de algodón todos esos días antes de él, de ellos, de todos nosotros. Sería incapaz nunca de reconocer la ciudad las calles donde vivía. Sería hasta cierto punto rayando en la imbelicidad dueña de una felicidad imberbe sin mortificaciones, la única que surge de no hacer preguntas la vida la cocina el pasillo de la escalera que conduce a su departamento. Sería capaz de dar la mano al idiota que limpiaba mal —pero frecuentemente— la entrada de su edificio y que, en secreto, lo sabían todos, rompía la correspondencia. Solía decir —el idiota— *hola mi amor, sabes que el domingo es año nuevo y te quiero mi vida*. Rosa, lo que se dice, rosamente ella avanza y se involucra en el feroz acto en el terrible acto de vivir una escena una dos cincuenta veces e implorar sin rasgarse las vestiduras que ella no pidió mucho. Algo así apenas tan sólo, algo que no se sintiera tan fuerte como un día de lluvia en la calle, ella quería sin pesadumbre alguna llegar a un sitio y ser esperada.

## Post it

Post it. Ése era su nombre. Post it sale de su casa como cada día. Se cepilló tan fuerte el pelo que era una gamusa flotando. Un copo de algodón. Una linda cabecita tenía post it. Espera mediahora su autobús. Se sienta al lado de un señor gordo sudoroso, de piernas abiertas y chamarra gruesa. Escucha trozos de conversaciones. Se siente bien. Parte del mundo. Se energetiza como le dirá después a sus compañeros. Nada que sobresalga de su día y sin querer se desploma en un día suave suave como sus manos. Usa el teléfono celular cuando sale de casa, hace citas que luego no confirma o donde suele no llegar. La gente es así. Ese mismo día suave hizo su trabajo. Salió a la calle de nuevo con su cabellera intacta. Se fijó más que de costumbre en los anuncios publicitarios. Pensó en el fin del mundo que se acerca. O que ya estaría viviendo. De ahí ya no pensó más hasta llegar a su casa. Hizo dos llamadas telefónicas que no importan a esta historia. Se masturbó pensando en amores imposibles: todos reunidos sin ropa mirándolo con deseo. Fue feliz antes de dormir y cubrirse la cara con la cobija a cuadros.

## **Libros**

Había un libro imaginario. En mi cabeza. Un libro que no salía porque estaba muy bien acomodado en mí un hombre que regaba las plantas una luna suspendida para donde mirábamos (arriba) una ciudad sucia. Niños aspirando thinner y tomando té de manzanilla duermen con perros en los brazos a orillas de ciertos edificios había un instante del que no formaba parte pero sabía de algún modo que era un presente mío había un resultado de mirar a alguien y mirarlo bien detenidamente sin que sirviera para algo el mar por ninguna parte había no respiraba el agua y sí esta sequedad que estira la piel las horas las maneras de odiarse y sí la tos que arrebató sin dar tregua el mar por ninguna parte el mar visto desde abajo desde arriba desde donde no estoy.

## Marzo

Si mal no recuerdo era marzo. La ciudad de tan seca era una pasa agria. Mirabas a los lados. Comías apresuradamente y sin mirar el plato. Te desgajabas por dentro. Una mandarina fácil eras en ese tiempo. No quería cuidarte pero no pude evitarlo. Te llevé a casa y te armé una cama improvisada cerca de la cocina. No hice preguntas. No me interesaba. Una acción vale para ganar el cielo pensé y expliqué. Llegó abril y con él unas ganas tuyas de salir de ti mismo, desafortadamente. Las drogas fueron primero, antes mucho antes que el alcohol. Te sentaba bien después de todo. Te daba un aire de confianza que comenzaba. No era mi moral la que te impulsaba a mirarte. Ni mi día en la oficina. Nada de mí te juzgaba. Pero tú veías en las paredes escrituras invisibles. Veías en mí tantas personas juntas, de tu pasado, no lo sé. Luego te fuiste. No supe de ti sino años después. La fragilidad te había mermado. Hablabas tan despacio que sólo podíamos sospecharte comunicándote. Balbuceabas. Era de ti que caían pedacitos de piel y de pelo. No supe más. Y yo seguía mi vida normal sin nada que valiera la pena ser contado.

## Aquiles

Aquiles llegó a mi casa hace más de una semana. Mide dos metros, es negro y es hermoso. Su familia es del caribe francés pero nació en Ginebra donde, hasta la fecha, lo detienen preguntándole de dónde es, como si recién llegara en el barco dijo él; que es hermoso, le dicen. Viaja de tal modo que no gasta un centavo. Duerme en casa de gente —como yo por ejemplo— que cree que el mundo será otro si uno acepta desconocidos que están de paso. Luego él se irá y yo me quedaré pensando en el viaje que aún le falta por hacer. Salió de su casa hace dos meses y le quedan seis más de trayecto... Aquiles tiene 29 años, estudió historia y asian studies, da clases en una preparatoria, comparte casa con dos hombres que, como él, no pueden costearse vivir solos. No sabe que en Cuba no se celebra la navidad. ¿Viaja por los países por curiosidad elemental sin notar nada de ellos o sólo aprende lo que entregan en el folleto de aeropuerto? Es capaz de quedarse en ciudades insípidas sólo porque la gente es amable y después de tenerlo en casa puedo entender que se refiere a gente que lo hospeda y él puede ahorrarse dinero. No quiere conocer las ciudades per sé sino ir donde haya alguien que lo reciba.

Este modo de viajar no deja de ser notable, reconfigura modos de pensar los viajes: el sujeto compra lo que come, no es recíproco con los detalles de la casa. Se mueve por ahí donde encuentre un nuevo sitio donde dormir. No fue a \_\_\_\_\_ porque no había nadie que lo recibiera. Me quedé pasmada. Dejé Ginebra para ver cómo viven los demás, los, digamos, menos privilegiados. Pero, él, en el primer mundo, con estudios de posgrado, con un buen trabajo, no puede costearse la vida solo. Y gente, en sus mismas condiciones en un país con muchas más carencias y mucho menos oportunidades puede vivir solo. Hay cosas del primer mundo que me parecen fascinantes.

## Escena

Me quedé a medias en decir algo. Se me fue la idea. Interrumpida. El sujeto que pide cooperación en la calle para ayudar a los niños inválidos lo veo frecuentemente en una cantina que suele abrir a las 12 del día. El sujeto desde la ventana del bar mira a las mujeres: se fija más detenidamente en las bailarinas de cuellos respingados que en otras mujeres. A estas alturas de su hábito prefiere las que están peinadas con el pelo muy estirado de tal modo que los ojos se alargan y las mujeres parecen en verdad más finas de lo que son. Suele poner en la rocola canciones melosas que hablan de abandono y de extrañar a alguien. No le gusta que lo interrumpan jóvenes ruidosos. Le guarda respeto a su duelo particular. Mueve la cabeza como sin darse cuenta en esa charla que tiene él solo y de la que luego no se ve bien librado. El del bar lo conoce. le sirve el vaso recién colmado, reluciente, y no le hace preguntas.

Le da para vivir. A mitad de una silla alta, antes que el bar se ateste. Es un mientras. Es lento al beber. Miedo de hacerlo de una sola vez. Miedo de mirar más de lo necesario a las niñas que dan la vuelta a la escuela de danza. Las graba en la cabeza para verlas ahí cuanto sea necesario. Tocarles el pelo estirado. El cuello rígido. Los ojos salientes y largos. No sabe el ritmo de otra cosa. Salvo los mediodías así. Lentos. Acaracolados. No parece que vive la ciudad en su lentitud de ceremonia. En su crepitar del hábito. En su mirada casi generosa de tan incapaz de nada más.

## Hasta no tirarse las piedras

Mi hermano y yo estábamos en el río. Mi padre comenzaba su camino a la vejez. Pero de eso no éramos conscientes en ese momento. Todo fluía como el agua donde jugábamos a navegar, a aventarnos el agua a los oídos, a mojarnos más de lo posible. A no dejarnos secar nunca, nunca, a vivir para siempre empapados antes de ser llamados a comer. Lentos para entonces nos conducíamos a la mesa. Nos secaban con toallas, nos ponían en frecuencia de sol otra vez. La cerveza en la mesa. Las tortillas recientes. Eso recuerdo. Nos preocupaba algo en ese momento: regresar al juego. Enemigos dichosos mi hermano y yo, las pausas de paz eran dadas para comer o para responder preguntas si hubiera por parte de alguien más. Sí, todo bien, no, no tengo frío, ni sed. No tenemos nada más que una concentración voraz. Un día, mis padres adelante en el auto. Él dijo algo que no era divertido. No sé qué. Mi madre se bajó del auto y nosotros mirábamos hacia atrás, ella suspendida en la carretera, un punto lejano de color del vestido. Esos detalles de infancia que nadie aclara ni quiere aclarar. ¿El pasado para qué? Años después, cada uno viviendo por su cuenta, con sus vidas hechas de otro modo, yo recordaría eso: ella fuera del auto, obstinada y digna y los niños callados sin saber qué había pasado, húmedos aún del río, húmedos de niñez, húmedos de palabras que no podían ser pronunciadas. Si pudiera volver de nuevo, elijo esas salidas al río, al mar, los paseos largos de auto, la sensación de estar fuera de casa y sentir el sol, el agua, las palabras de cada uno armadas de tal modo que fueran invisibles. Mis padres después de eso se volvieron expertos en hacerse pedazos, sin guardar las formas, sin consultarse entre ellos el mejor camino a la destrucción. Empecinados en demostrarse autónomos en eso; no se perdonarían nunca. No eran extraños. Eran familiares en su modo completo, pleno de irse dejando el uno al otro. Y les llevó años perfeccionarse y darse cuenta de que su obra maestra había terminado. Primero fue la casa: hasta no dejarla cascarón, hasta no tirar las paredes, los pisos, los muebles de baño; hasta no ver que lo que hicieron no tenía ya sentido; hasta no dejarse vencer en la intimidad y en la distancia; hasta que no sucedió todo esto no se habían agotado. Después no tenían razón de vivir juntos. Hasta no tirarse uno al otro las piedras, los muros. Hasta no mirarse al rostro y ver nada. Hasta entonces se tenían. Hasta entonces.



## Fotografía

Las fotografías toman un instante de la realidad. Las personas somos ese instante: suspendidos en un fragmento interior, distraído. Bajamos del autobús, identificamos la calle y ese segundo de búsqueda es lo que somos, ese no estar interior, esa inquietud movediza.

La pintura, dice Ricardo Beliel, es toda la realidad. La fotografía es una posibilidad de un trozo de esa realidad: una posibilidad de enmarcar lo que no está dentro de la foto y que también está ahí, formando parte de lo que dice. La visión del fotógrafo es pues una sensibilidad del cuerpo, de la percepción, de un instante que puede cambiar si un gesto, si una mirada directa al lente, si una persona a la derecha o la izquierda, si lo que enmarca el ojo divide o acapara, si amplía el cerco, si anima o si da pereza a lo que toca el ojo. El pintor lo dice todo, el fotógrafo no.

La fotografía es un escenario. Los elementos se abordan y se desplazan. Hay personajes ahí; hay drama y movimiento. Hay deseo. Hay insatisfacción; hay problemas. Una vez alguien tenía una infancia y no podía recordarla a falta de fotografías familiares. Sin las imágenes de fuera se quedó sin las de adentro. Cómo, es impresionante eso, somos capaces de trasladar la memoria de un sitio a otro. Los años, los detalles, las generalidades, convertidas en algo que sonrío en un papel. Finalmente, escritos o visuales, somos seres de papel que se acumula, que se hojea, que se modifica y se ablanda. Los dedos gastan el material. Las manos se acostumbran al grosor, al brillo mate de la memoria chiquita.

Alguien, al no tener fotos, tiene que reconstruir lo que no puede recordar de otra forma. sostiene semblanzas lejanas, sombras de cosas, colores de muebles, objetos, ropas, cubiertos de cocina, porcelanas, tijeras, estufa, ciertos modos de la pared deteriorada, las huellas cotidianas de una casa que se habita. La fotografía no ve. El fotógrafo no ve. Percibe, respira, se detiene apenas, alejándose él mismo de su realidad, alejándose un segundo de lo que lo sostiene y lo rodea. Los otros ven lo que él sólo notó y apuntó en su cuaderno de notas.

Si un fotógrafo viaja y colecta instantes de mundos diversos, si va al mar o al desierto, si hace que el mar parezca desierto, si hace que el desierto parezca otra cosa; si llega a casa cansado de todo y de todos, y sólo tiene diapositivas y una fecha próxima de exhibición de su obra, y si sale de casa donde los vecinos lo conocen y lo abrazan orgullosos de él, de sus viajes y sus trozos de paisajes. si sale de noche a tomar una cerveza con varios amigos que lo recuerdan de joven, ya en los eventos de la guerra, de los sucesos diarios, de la hambruna, de los ataques policiales. si el fotógrafo tiene una casa con vista a una ciudad de

postal, digamos con agua, digamos con puestas de sol, digamos con selva y chimpancés en su ventana; si todo eso. Encima, la humedad de su tiempo. Si un fotógrafo pierde la memoria y mira su trabajo y no recuerda nada de lo que hizo, la gente que fotografió, los alimentos que le fueron dados, el agua fresca, las mujeres desnudas de la última tribu indígena en el finfin del mundo, el festival de máscaras, el niño en una terminal de autobuses, y no recuerda nada. Y no recuerda y mira todo de nuevo para imaginarse ahí, en esos sitios, en esos climas. Si un fotógrafo vive con los objetos mínimos para no inundar la realidad con el exceso. Si es su manera de hallar el orden de adentro. si duerme de corrido por las noches. si no tiene sobresaltos ni deudas ni envidia. si así. El fotógrafo escribe. Que la realidad es inabarcable. Que por eso toma fotos. Porque no hay maneras de abordarse. Sólo por destellos de luz, mientras pueda uno ser capaz de imaginar que alguien entrará donde uno estuvo. El fotógrafo toma café. Va al mar. Es confundido con un escritor famoso cuando sale de su país. Es una fotografía de su tiempo. El tiempo del que forma parte.

## **El incendio**

Vimos el incendio. Vimos la grúa de agua encima de la casa. Vimos la multitud cerrando la calle. Vimos el incendio. Por primera vez el fuego era distinto: maleable. Transformaba la madera en bocado. Podría hacer tanto el fuego. Pero es un escultor maldito: toma en sus manos y en su vientre y en sus órganos centrales la casa vieja. La inunda, la seduce, se la lleva a otra parte. Donde no podamos verla.

No es violento. Hay una pereza en su ritmo. Incendio de domingo por la tarde. Lento, pensando que es espectáculo. artista contemporáneo: exige algo del que mira. no sé bien qué es. Poco a poco la multitud se dispersa. Regresa o va. Se aleja. El incendio no es cremación de madera. Es un resto. Una idea en el aire, suelta a volar la humaza negra por ahí, todavía.

## Vista de Río de Janeiro

Llegué a una isla. Cuerpos semidesnudos. Jugaban voleibol en la playa. Todos brindan y ríen. Cuentan bromas. Un cuadro colorido. De lejos se ven las siluetas contra el sol. Se tocan con los ojos y las manos. Las palabras también sirven para tocar y ser del otro. Me eché en la toalla. Como perro al sol. Me extendí. Me dejé llevar. Música al fondo. Música salvaje para una escenografía ídem. A mediodía un cliché todo: los cuerpos sudan y llevan su agua de sal al mar, a dejarse ahí las gotas, a dejarse fluidamente. A derretirse.

Regresan más brillantes incluso. Brillantes de agua, de ruido, de ellos mismos. La piel brilla desde una parte invisible. Parecen lámparas prendidas de día, a plena luz solar, como una luz innecesaria. De lobby de hotel. Sin embargo descubrimos que no podemos seguir de otra forma. Esa luz hace falta. Esa luz sostiene la luz exterior, la visible. La arena, el agua, los cuerpos apenas cubiertos, la música, los gritos audaces al perder la pelota, las miradas sostenidas, la mano que agita la toalla, los dientes blancos, sin odio por ninguna parte. Se nota la buena noche anterior. Esa piel refleja buenos sueños. Buena actividad de cama. El cuerpo es un instrumento. Hay que usarlo. Llegar a ser instrumentales. Una orquesta: cien personas, un estrado. El cuerpo se halla en sí y se multiplica. No se sabe bien cómo pero es múltiple: violín, cello, trombones, todo él es música. Aquí se comen con los ojos. En la calle también: a la hora pico en las grandes avenidas, en el metro se buscan como si estuvieran en la oscuridad. Como si todo fuera ir al otro, al encuentro no al golpe. Al roce, no al golpe. En el roce se miran un instante y luego se reincorporan: es decir, vuelven a su cuerpo. Un instante entran por la mirada al otro cuerpo: miran cómo es por dentro, lo respiran, se lo meten por la nariz. Para estar libres de todo hay que dar el cuerpo. Para ser ligeros, para ser leves hay que darlo. Porque el cuerpo se contiene y se cierra y el instrumento olvida su origen, su forma. El cuerpo entonces tiene que desplazarse. Para mirarse la piel hay que dejar que la piel sea tocada. La piel es un libro: tiene sentido cuando se abre. Cuando significa. La piel tiene muchas lecturas y visibilidades. Para hallar la luz interior. Para iluminar. Para sentir que la luz está afuera y dentro. Para hallarse uno hay que hallar lo otro. Uno pertenece a la piel. Y nada tiene mejor memoria que ella. Una memoria luminosa, que no pierde detalles. Fotografía de los sentidos. Memoria de una geografía particular: entramos por la nariz, por los ojos. Nos comen como una fruta. Comemos como si fuese la única vez. La última vez. Las pieles son frutos de árboles sensibles. Directos frutos. La rama es esto que sostengo cuando digo voy.

## Otra vista de Río

Caen hojas. está un poco nublado pero la gente insiste y va al mar. nada detiene la búsqueda del agua. Toman una cerveza muy ligera, transparente. O jugos de frutas como sedientos de toda naturaleza. Usan las mismas sandalias coloridas. Tienen un concepto del cuerpo distinto: el cuerpo transporta lo que somos, el cuerpo es algo para tocar y ser tocado. Distinguen la entrega y la rendición. Hacen bulla en la calle, todo es apetito abierto y fiesta. Uno viene aquí a abrir los sentidos. Los poros del cuerpo. El olfato. El gusto. El oído. La calle es una instancia lúdica y sensual. La ciudad, entonces, entra por la boca.

## Vista de Valparaíso

Las hojas alfombran las aceras extendidas. Los jóvenes usan un saco escolar gris oxford y las chicas unas medias grises. son elegantes con poco. Ha habido sol en estos días y se apresuran a comerse el día todo en la calle. Toman aire libre. Se abrigan sí, sin exagerar los tejidos. Recién vi a una mujer con un chaleco gris que le caía hasta el suelo, parecía la cobija de su cama, una rubia sonriente entrada en los cincuenta. Los hombres son firmes, una buena estirpe, ojos directos, acento firme, lindas las piernas del que vi haciendo jogging. Aquí podría vivir fue lo primero que pensé al verlos moverse así: con un tono al caminar, al acercarse el azúcar para su café, al tomar el teléfono celular del abrigo. Los pasteles en las vitrinas son fenomenales. Los pays de limón, los merengues felices, los panes fritos con crema pastelera. Aman el pan, el hojaldre y las carnes distintas. El vino. Tienen un pésimo café habrá que decir. Valparaíso es una pintura impresionista: capturaron la luz y el agua. Desde la casa de Neruda se ve todo el mar, él escribió que como el Pacífico no cabía en los mapas lo pusieron frente a su ventana. Y es verdad. Una casa suspendida en una calle inclinada, rodeada de agua como una isla y su recámara es un barco y su living es un lugar para no marearse dentro del agua. Dentro del mar sin el vaivén. Un logro verdadero. Estar dentro sin tocarlo. Al mar.

Hay gatos y perros tomando sol. Pero el mar no es para meterse como el Pacífico del que yo vengo, acá hace frío. Se comen unas cazuelas al horno con los bichos del agua, la ofrenda del puerto a los que tienen hambre. La cerveza local tiene un pirata en la botella. Hay ascensores para subir a los barrios de arriba. Es una ciudad pensada como un edificio alto. De todas partes el agua y el olor a mar. La manera que hablan es la cadencia de algo que se mueve sin mayor prisa.

## Lección de pintura

Su cuerpo es color de arena de playa. Tiene pecas por el sol. Es un cuadro impresionista: de cerca no puedo ver la figura que hacen los puntos. Las piernas me alzan naturalmente y me coloca entre sí para dormir en una postura extraña: yo en medio de todo él; estoy metida de tal forma en su cuerpo que si respiro lo sabe, si me muevo lo sabe, si me voy con la mirada lo sabe. Es la primera vez que entro a su recámara. Tiene los zapatos arriba del armario. Conté: cuatro pares. Camisas a la izquierda, dos sacos. Un hombre que vive con lo justo. Las sábanas blancas. Los objetos reducidos al mínimo. Pero no ama como adorna su casa. En la cama es desbordado y besa con toda la boca, pocos hombres hacen eso: sin miedo a entrar al rostro del otro, al otro entero, un otro que se quita la ropa fácilmente.

No puedo dormir en él. Si me muevo lo despertaré y ronca relajadamente. No respiro para no alterarlo. Pasan los minutos y es insoportable, tengo que ir al baño. Acomodarme de otra forma. No puedo creer que sus piernas me apresen así. Una presión calurosa y velluda, siento que lo más masculino que puede hacer un hombre es dormir así: apresando entre dientes una mujer desnuda. Por dócil. Porque se lo merece. Y lo merecía. Tenía tiempo que lo merecía. Me muevo apenas y balbucea algo, suelta las manazas, afloja las piernas, salgo. Voy al baño. Me veo en el espejo y me hizo daño: el sexo puede ser tan violento. Me jaló el pelo con odio amoroso. Me dejó marcas en los senos. Me mordió los hombros con su fuerza bocal. Me liberó. Me hizo tanto daño que vi la ventana hacia afuera y supe que era lo que necesitaba. Vi los ojos, vi el semblante de loca que había tenido guardado y recién sale descubriendo el mundo, recién nacida la loca, todo la conmueve. Allá fuera hay verde y muy abajo el contorno de la ciudad. Todo vuelve a ser natural: violento y caótico, natural.

Regreso con él, me recibe de nuevo sin rencor por haberlo dejado. Me perdona. Me sujeta adoloridamente. Me gusta este modo aplastado de aprecio. Me reconoce y me vuelve a guardar en él: su cuerpo es ahora mi bolsa, mi placenta recuperada, mi boca húmeda. Su lengua raspa los dientes, no me acaricia el cuerpo: lo succiona, lo sopesa como una fruta, lo frota como si muriese de frío. No para de tocarlo pero no entra en él. Nunca mi cuerpo fue tan cuerpo. La piel despierta y no puede conciliar el sueño de nuevo. El cangrejo para de jugar y duerme de nuevo: la presa no irá a ninguna parte.

## Principios

Decía Marx (Groucho): “Estos son mis principios, si no le gustan tengo otros”. ¿Por dónde empezar? un perro amarillo viendo la ventana y el plato detrás de esa ventana es mi principio de principios. Que nadie me acuse nunca de contar los finales de películas, contaré toda la trama, describiré los detalles de la adaptación pero nunca los finales... El principito sabía de principios. Principio de mañana. Alrededor de las ocho abro la oficina de inicios. No doy prórroga. El inicio del oleaje si te fijas no es salvaje. Eso sólo ocurre al final, al romper de la ola. Esto es sólo el principio.



**COMIENZO**



## I

Comienzo. Alguien llama por teléfono.

Alguien toca la puerta. Alguien nos avisa que ya estamos tarde. No sabemos quién. No sabemos dónde. Pero tenemos que irnos. Estaba en casa. Los demás también. Pero teníamos que irnos. Era un año. Era una ciudad. Era un principio de una estación publicitaria. Una estación de otoño, antropológica, atractiva en su dorada esencia. Se comenzaba a espiar en las tardes las ventanas de los vecinos. Llegaban, se ponían en su mesa y se hacían sándwiches de jamón y mayonesa. Prendían el televisor. Su manera de celebrar la vida. Sin aspavientos

## II

La nostalgia de otoño tiene que ver con las hojas muertas. Es una conclusión a la que llegué después de varias observaciones. Una conclusión científica. Nadie, aún con la prisa, deja de notar las aceras alfombradas de hojas muertas aún crujientes. Los tacones se enredan en un ruido más que notable. Los pasos tangibles del que va a casa.

La gente, sin querer quizá hacerlo, piensa desde ya en los finales de año. En los deseos y en las últimas desesperaciones oblicuas. Piensa en la mujer o en los hijos, en el marido con sobrepeso, en las cuentas de fin de mes. Porque nunca hay fin de mes que no esté libre de preocupaciones. La gente entra a un bar si hay tiempo una vez a la semana, o va al cine o visita a alguien y se maquilla y se alegra el pelo. La gente quiere olvidar el tiempo que vive, o salir de él un minuto al menos.

Sale del bar, del cine, de la casa ajena y las hojas muertas la esperan. Vuelve a pensar en la brevedad de la vida, en cómo pasa otra vez el otoño, otra vez el fin de año, otra vez el invierno. Otra vez todo y uno igual que el año pasado. Uno exactamenete donde se quedó: como una página de un libro, doblada en la orilla para no olvidar que hay que seguir.

El otoño cuando llega es discreto, no así cuando se va. Tiene un color maple rojizo como de ciertos tintes de pelo. Todo él es una puesta de sol, encendido pero ciertamente no eufórico. La sombra ambarina de media tarde cae sobre nosotros. Abajo, en esta media luz, nos conquistamos como podemos. Sin las herramientas de la seducción palpamos y practicamos en la medida de lo posible un paraíso más o menos igual a los demás.

### III

Escribeme alguna vez pocas palabras. Pocas para no llenarme de ideas. Porque cada palabra es una idea. Resulta que no sabría cómo empezar a discernir entre lo propio y lo otro, lo que no es mío cuando se trata de pensar confundo dónde aquí o donde allá. Los tacones suenan en el pasillo. Y parece que en un rato se suelta la tormenta. Nada emocionante como puedes ver. Nada que valga la pena de contarte por eso digo escribe tú. Seguro a ti te pasan cosas. Te dicen cosas que bien podrías contarme. Necesito. Ves. Mi ortografía es de fresa. Me da por pedir pliegos de cartulina blanca para dibujar arbolitos igualitos a cuando iba en la primaria. No sirve de nada. Me distraigo y me voy a alguna parte soleada. La memoria. Bien. Que me voy de viaje. En dos meses. A cualquier sitio. Lo que importa de viajar es no estar donde siempre estamos. Qué se le va a hacer, después de tanto uno termina por tomar cariño de las terminales y aeropuertos. De analizar detenidamente las tienditas de licores y peluchitos. Artículos de paso porque hay que pensar en alguien y llevarle algo. Para eso viajamos: para llevar algo a alguien. O llevarnos a alguien.

## IV

Escribo porque no tengo a dónde ir. Si viniera de alguna parte todo sería distinto. Si fuera así tan sólo. Si fuera hacia alguna parte. Si alguien esperara en otro lado mi llegada. Escribo porque se me olvidan las cosas. La memoria es un bichito molesto: se trepa a los rincones y aguarda el momento. de qué no lo sé.

Oracular la materia de tinta. Se inscribe en blanco y negro, se nombra otra, se reblandece si la agitas demasiado.

Tu cuerpo era un sitio de corazones borboteantes. Lo dejé ir. Me inquietaba.

Escribo porque no tengo a dónde ir.

Aunque le tengo cariño a las estaciones de autobuses. Llegadas/salidas/indecisiones a derecha e izquierda.

Tu pecho es algo que recuerdo. Mi pelo ahí se enredaba. Si estuviera de algún modo en este lugar. Si fuera así te diría que. Todo va a salir bien. Lo que habita en cada uno. Saldrá y nos hará mejores. De alguna manera inquietante las cosas toman su lugar. Aún si uno no lo encuentra nunca. Escribo porque no tengo el tiempo para vivir. Soy tan comprensiva. Si vieras. Tan comprensiva cuando me amoldo al ritmo del día sin moverme de la silla, afuera, mirando el muro, la hiedra, el mes que gotea, el sol que conversa y miro, miro con todos los ojos porque mi comprensión es fenomenal. Escribir es decir de fantasmas vistos de día. Lo sé.

Encontré a Dios. Su luz me abordó toda. Venía por la renta y a mesarse los cabellos enfrente de mí, sin tregua. Todo va a salir bien. Mayo vendrá y será bueno. Encontrarme ha sido lo más simple. Salirme no.

## V

Si vieras lo que yo. Te traería así como estés de tu país soleado y te pondría en la calle que visito. Y verías. Las mujeres andan en shorts (ahora de moda) y tacones. Tienen traseros amplios. Muebles anchos con tacones. Se lavan el pelo. Se organizan lentamente y salen a vivir. Si vieras. sonrén. acarician niños. Los hombres son algo que yo digo "tomados". Los únicos que existen: tomados de las manos de sus hijas, sus mujeres o sus madres ancianas. No me tocó ver un país de hombre solos. No sé si exista uno. Acá los hombres nunca andan solos. Son los que pagan las cuentas. Cargan las bolsas, los bebés, los que estacionan los autos, los que se asoman a la vitrina de los helados. Han sido tomados todos. Nacen ya con el adiestramiento de su futuro tomado. Las mujeres ordenan el mundo. Ahora. Por fin. Pero te gustaría estar aquí. Si vieras. Te gustarían las mujeres. Parecen dóciles. Se ondulan el pelo. Se lo tiñen. Se lo ponen lacio como orientales. Se lo prenden. Se lo quitan del todo. Pero viajan en tacones. de una calle a otra. Los domingos pasan en calma.

Mira, el país entero se desangra pero acá no: acá el domingo suspende la sangre. La congela. Se alimentan de maíz, todos. De nieves. Compran productos frescos en el mercado. Alisan los hijos. Se besan los adolescentes en las bancas. Lejos de la sangre. Se hornean panquecitos de elote. Se venden rosas. La vida funciona. De alguna manera pero funciona. Si te trajera aquí para que veas. Sé que te gustaría. Ven. Así como estés, a medio vestir quizá, a media tarde, a medio salir de casa a buscar algo de comer, a medio de tu llamada telefónica, a medio de todo, ven. Hazme compañía antes que la calle se ponga a dormir y los únicos aquí sean los policías y los que cuidan los autos.

## VI

No podría escribir sobre el amor. Es un concepto gastado por las orillas, por arriba, por abajo, desde el centro hasta afuera. Es más, no sabría por dónde empezar. Podría describir la atmósfera de los amantes, podría. Pero eso no da la idea del lugar al que quiero llegar. La boca es un país distinto cada vez que tiramos ahí el ancla. El cuerpo de al lado, las manos que dan forma a lo que no tiene forma. Hace poco alguien me decía de las puertas. De muchas puertas y cerrojos. Pensé entonces en cuerpos abiertos y cuerpos cerrados, y cuerpos que no quieren ser abiertos, cajitas tímidas de pandoras dulces. Envueltos en celofán, chocolatitos rellenos de colores. Abrirse qué es. Se abren los brazos y envolvemos los otros brazos. Se abren las piernas y envolvemos las otras piernas. Se abre la boca y envolvemos la otra boca. Pero abrimos el lenguaje y no envolvemos nada, hay vacío y humo en el otro lenguaje. No hay que echarnos llave, por nuestro bien. Por eso digo de la alegría, fácil cuando se la encuentra, y no involucra mayores aproximaciones penosas. Ocurre en un instante. Hecha de una mejor tela que la felicidad, tan frágil ella que no vale la pena pensar en comprarla. Dura poco y se rompe al menor sonido. La alegría en cambio es más simple, se conserva mejor, requiere menos atención, se concentra en el pecho y se va poniendo cómoda en el resto del cuerpo, que para entonces es un sofá mullido donde extenderse. Abro las puertas y todas las ventanas. Al cuerpo entra el día y el viento. Pero también el polvo de la ciudad, las formas de la ciudad. Ese polvo minúsculo que se pavonea en los rincones, que se va quedando para siempre pegado donde no se ve. Polvito invisible hasta que movemos los muebles al mudarnos de casa. Hasta que quitamos los cuadros y quedan las marcas. Los cuerpos que habitamos suelen no tener vista al mar ni a los parques. Nos conformamos con tan poco.

Había un hombre que sólo tenía amor los sábados. Era su día de amar. Le era suficiente. Se gastaba de tal manera que el resto de la semana se lamía los dedos y los dientes y el pelo de una alegría vasta, una alegría hecha planicie. El resto de la semana asistía a su vida por encima, para él se guardaba la pasión como un centro de hambre, como una angustia, o un mal sueño. Los sábados llegaban de mañana y él era otro con su amante. Podía ser otro: desconocido para él mismo. Entraba en ella quitándose la ropa, los zapatos, la semana entera, las palabras dichas; era un hombre de valor. El amante, la idea de ella en su piel. La atmósfera de ella. El cuerpo de ella. Él era la forma de ella. Pero eso no lo supo ni lo sabría. La alegría es un acomodo del cuerpo, una espuma de saliva, un ruido apenas perceptible en la cama, ese burburjeo de tiempo ido, esa sensación de que algo acaba de pasar y fue notado aún sin que tengamos cómo nombrarlo.

Estar presente es poner el cuerpo en el otro, conscientes de que el mundo no es eso. Pero tampoco lo que está afuera. Podría decir de la pasión y del sexo. Podría incluso decir que el sexo no es un refugio, es un día de playa, un lugar cualquiera donde el sol es posible y tremendo. Un sol calcinante, necesario, un sol que gotea, un sol famélico e insaciable. Nos tendemos a él, nos tendemos tal cual somos, sin resquicios de nosotros mismos. Sin palabras, porque, como ya dije, hay conceptos que no pueden ser nombrados.



## VII

Esto podría funcionar. Dijo. Así nomás. Te dejas llevar. Ajá, sí, cómo no. Además, está lo otro: eso que se piensa y se piensa y se deja madurar sin que nunca salga de la boca retorcida de tan mal pensada. Tengo estrés por todas partes: desde la cabeza, el sexo y los zapatos que no soporto. Si vieras, hay momentos en que estoy jorobada, inclinada sobre mí como buscando algo hacia abajo. El piso. Donde llegamos sin poder salir. ¿La clave para vivir? está en no pensar que vives. Luego es difícil, intolerable. Tres cafés el día de hoy y aún no termina, el día. Miro el cielo como en un close up cinematográfico, abro cámara, la perspectiva de uno en un lugar tan amplio. No hago citas, hasta el viernes. Dos caras conocidas me sonrían. La gente pretende óptimas condiciones climatológicas. Pretende mudarse a mejores espacios más abiertos. Digo, un departamento de dos habitaciones, terraza, vista a la ciudad. No hay que meterse a bañar con desconocidos, terminan por robarse libros sin volverse a aparecer en la escena del crimen a diferencia de otros criminales menos patológicos. El libro de los aprendizajes está incompleto, habrá quien arranque alguna que otra página ilustrativa. La confianza. Dar. La catarina del amor se concentra en su rojez minúscula. Aquí la he visto varias veces, al bicho femenino, tímido como la cochinilla. ¿Proyectos para el futuro? sí, claro, aquí tengo varios: una noche de invierno un viajero llegó a la playa y se quedó sin hotel. Durmió en la arena y soñó que la sábana que le cubría era un abrazo materno. Ah, y también habló en pasado de artistas de 30 años que se cree ya no hicieron nada de su vida. El otro día que salía de tu casa tuve la conciencia de que faltaría poco para morirnos, así fueran cincuenta años más, era poco, ¿no crees? después de todo conocemos este lugar y no ansiamos paraísos. ¿Estás bien? la pregunta de la semana, claro, llevo miles de días con una sensación de bienestar que no cesa. No te duermas con gente que no conoces. No sabes dónde van a parar los sueños; ama a tu prójimo pero desconfía del vecino; no comas comida de lata ni confíes en los químicos del café sin cafeína; no consumas azúcar en exceso. Mira pasar a los bellos de tu colonia sin fijarte demasiado en los traseros redondos, agradece la belleza en todas sus formas. Así en la decadencia como en el arte. Y cuando no puedas más, cuando estalles de frustración sexual, cuando te pasen por encima los años y las minúsculas opresiones, cuando todos y cada uno se lleven un trozo de ti sin decir gracias, grita.

## VIII

Y cuando nadie me ve como de manera abrupta. Sin modales. Un ligero placer estremecido. Y es cuando pienso si no vamos por ahí tomando de la vida lo que nos place sin mirar pausadamente lo que hay en el plato. Y pienso si morir no es tragar de un solo bocado el aire erizo extendido en la garganta y el último paso de saliva es el aliento que se exhibe, diciendo "mira, soy lo último que verás y salgo de ti para no devolverte nada". Y cuando nadie me ve hago caras recordando gente o cosas. Y hablo sola. Los solos hablamos solos, nos acompañamos a falta de otras tantas situaciones emocionales. Nos hacemos té. Acomodamos la mesa para uno y devoramos en dos minutos lo que hay. Tenemos prisa. Reímos por nada. Y nos miran en la calle. Vamos al cine y no guardamos lugar para nadie. No concedemos nuestros gustos por nada, no sabemos negociar. Extendemos la experiencia en una habitación cerrada. La miramos, la recortamos, la pegamos en el álbum de recortes. Nos olvidamos pronto de nosotros. Pensamos tanto en abrir la botella de vino por si merecemos brindarnos. Por nuestros proyectos, decimos. Por nuestro futuro decimos. Y nos arrancamos la piel por costumbre no porque tengamos ganas. Tres veces a la semana tiramos la basura y no nos fijamos en el polvo —ya, tan pronto el polvo— acumulado. Nos perdonamos. Somos otros en compañía: menos salvajes, más cuidadosos, pero nos extrañamos en la bestialidad amorosa que nos ocupa la mayor parte del tiempo, en el modo crucial de dormir en medio de la cama; en conservar los hábitos intactos en frascos de salsa para espaguetis.

## IX

Las marcas de los zapatos son grises en el piso negro. Tienen una particularidad: parecen hojas. Acababan de limpiar el piso, por eso se marcaron así, sellos sobre la madera. El camino de las marcas conduce a una mesa de tres comensales. Son botas las que quedaron impresas. En unos minutos volverán a limpiar el piso y otros vendrán y dejarán o no sus propias marcas de zapatos dependiendo si llegan poco después de que el piso continúe húmedo. En cualquier lado hay impresiones de gente: las huellas en las vitrinas, los pasamanos, la nariz de algún niño en las puertas de vidrio... los cubiertos que no fueron bien lavados en algún lugar, los labiales rojos o rosas en las tazas de cerámica que se lavan en máquinas ruidosas, en la sensación de que las papas sobrantes de un plato irán a otro poco después, en la constante apreciación de que no hay una soledad exquisita o higiénica. Un catálogo de objetos las sensaciones del día. Cruzamos la calle, hay servilletas enrolladas que cayeron de bolsillos, chicles, trozos de plástico o metal del que ignoramos su envase original. Mi casa se limpia cada tercer día y nunca me dejó de sorprender de la cantidad de polvo y cabello acumulados en pocas horas, parece que limpio una casa abandonada por meses y si todo ese cabello es mío no puedo entender cómo es que todavía tengo algo que peinar cada mañana. Polvo que camina. No polvo de estrellas como decía Sagan... este polvo terco atrás de las puertas, bajo la cama y los zapatos, en los bordes de las ventanas. Polvo enamorado, pelusa enamorada, restos de uno mismo en el plástico del bote mirándonos en su afabilidad última y lastimera antes de que hagamos el nudo y nos tiremos por ahí, donde, de ser posible, no volvamos a vernos.

## X

La olla express tiene un silbido suave, como un mar tímido que agota. Mientras, el olor de pastel de mandarina inunda la cocina. ¿Seremos capaces de morir en este mismo instante habitado por el olor de tal orden? si es el mar que hace tanto por recordarlo y volver a él. El mar en forma de silbato tímido mas constante. Tiempo de familia sin familia. Domésticos detalles que se escapan en su porosidad instantánea. Los recuerdos son las capas del pastel: hasta arriba sólo se muestra el crujir de lo inmediato, lo obvio. Hay que escarbar al molde, y encontrar en las orillas pegajosas y doradas el último instante de la felicidad pasada.

## XI

Frente al pizarrón -verde- me quedaba en blanco los días lunes, los lunes que tocaba ir de blanco y hacer homenajes a la bandera. Llegaba tarde, ya que todos estaban en formación, y me veían caminando con la cabeza baja a buscar mi lugar, tomar mi distancia -en fila india acomodados por tamaño, por género, por grupo- y asegurarme ese día. En el pizarrón uno tomaba conciencia de los demás más que nunca, estaba uno frente a los demás, desnudo en su ignorancia de la regla de los binomios o alguna conjugación resbaladiza. Esa sensación no se quita después de la escuela, seguimos tratando de resolver asuntos en varias pizarras, y, lo peor de todo, es llegar a cualquier parte y por instinto buscar nuestro lugar en la formación. Qué asunto la infancia que enseña desde un principio lo indeleble de la pertenencia. Qué asunto es el crecer integrándonos, amoldándonos, desgarrándonos en el patrón de cada lugar y de cada sitio. ¿Cómo cabemos en los demás? ¿Cómo guardo ahora la distancia?

Mis amigos hacen tabula rasa, pasan un trapo húmedo al pizarrón -verde- y vuelven a comenzar. No parecen tener miedo de nada. Se enamoran, se consiguen una planta o hábitos, se arman, se cuidan en mayor o menor medida el espacio del pecho.

## XII

Quise hacer un jardín pero me quedó una colección mínima de cactáceas. y siempre quise, hacer una novela. Que me llevara la vida hacerla. Una novela enorme, que hablara de los abuelos a los nietos, una saga de familia, donde hubiera un país que se derrumba y la gente se rehace; una novela que pudiera enseñar a los demás a ser fuertes y a no perder la esperanza. Quería que los lectores lloraran cuando muriera algún personaje, que pensarán que no podrían más con sus propias vidas. Quise hacer esa novela. Una novela para no vivir la vida. Para estar en ella. Pasearse en ella. Vestirse en ella. Amar en ella. Quise después hacer una familia. Una familia que compartiera alimentos, que celebrara los logros; un bastidor de madera, una madera que resiste; hacer una familia que fuera un buque. Que se quisiera tanto.

Quise trabajar. Quise evaporarme en el calor de la acera. Quise volverme a mí.

Quise hacer amigos. Amigos transparentes. Térmicos. Acuáticos. Lo que quedó de mí fue un bufet de folletos de todo eso que no fui. bocetos, maquetas, oportunidades de empleo, ofertas inmobiliarias, últimas oportunidades, esbozos de grandes ideas, aproximaciones al terreno de la realidad, palmaditas en el hombro, miradas; una que otra vez me agarraron el culo, o me dijeron muñeca. Eso que no fui. No tuve los puestos, las entrevistas, los premios, las cerezas de lata. Al vencedor las patatas gritaba Machado de Assis. No hubo patatas. Las patatas que hacen ancla en la tierra como uno mismo que sale de un lugar por primera vez donde nadie nos espera con el programa de mano y el asiento guardado y dice sonriente: te estaba esperando, esto está por comenzar.

## XIII

Estábamos por llorar. Sinfonía de la primavera en invierno. Estábamos por hornear pastelitos de arándanos con azúcar glass. Estábamos por comenzar. Escucha, hermanito, imagina, piensa en otra cosa. Ponte el uniforme. Esa vez nos moríamos de hambre y vendimos los zapatos. La casa se consumía en flores secas en las paredes, en la asfixia de la hiedra absorbiendo, verdificando. El edificio sobresale en la cuadra: tambalea con el peso de las raíces tan saludables por otro lado, alimentadas de cal y blancura del sol a las tres de la tarde. Mejillas de la casa. Estábamos por definir el aura de la desdicha. Estábamos por comenzar. Decíamos va, es así. Mira cómo nos llenamos los ojos de esta candidez inesperada. Estábamos por llamarnos de otra manera, antes que nos llamaran a nosotros los bancos para cobrarnos el uso indiscriminado de las tarjetas de crédito. Estábamos por enamorarnos pero nos ganó el miedo y nos dejamos de ver: instinto de preservación del espíritu. Estábamos por volver a empezar. Cero harinas. Cero azúcares. Cero chocolates. Para tener la cara limpia de imperfecciones.

## XIV

El afilador de cuchillos tiene un horario irregular. Por aquí pasa también el vendedor de pan en canasta, la vendedora de franelas colocadas sobre el hombro, apilando sus blancos y coloridos instrumentos de limpieza; los promotores de salud del gobierno local, los vendedores ambulantes de cada día-hacer el día; la señora del local de al lado pasa y me mira, creo leer en su mirada un algo de reproche, alguna que otra vez he estado en su café pero me acomodo mejor en el de ahora con la suerte de que son locales vecinos y ella me mira y parece decirme en su mirada-reconocimiento: ¿qué tiene ese lugar que no tenga el mío? No sabría qué contestarle. Uno se siente mejor en algunos lugares que otros. Aquí hay más ruido, a ciertas horas se llena de jóvenes prófugos de clases aburridas y a horcajadas ruidosas consumen malteadas a base de café y panes tostados con queso. El local de ella es más tranquilo, con asiduos profesionales: lectores del mismo periódico que presume de izquierda; conversadores respetuosos con la diferencia: hombres mayores de jeans y barbas y sacos de pana aún en verano. En realidad ese público es más cercano a mi campo de trabajo —que, por otro lado, no es tan variado: leo y observo— pero algo tiene el ruido de fondo de estos niños aullando, algo cercano a vidas que no miran afuera; el mundo es ellos mismos; parecen un televisor prendido y abandonado, hablando para nadie. Se gastan tan pronto en carcajadas, se emocionan tanto por todo: animalitos en la ventana del auto. No saben contenerse, guardarse la energía. Conmueven por eso mismo: por su desgaste innecesario, patético. El ruido de fondo es un mar vecino, y entonces, entonces, podemos mirar sin nostalgia los barcos que parten hacia ningún lado.



## XV

Las mujeres bellas que no se lavan el pelo.

Suele suceder. Especialmente los domingos. Hay confianza bíblica en los domingos. La gente suele andar en pijamas todo el día, ver televisión, leer los periódicos calmosamente, tomar el desayuno en la cama, cocinar con los detalles de un comercial de hot cakes. Algunas mujeres bellas no se lavan el pelo. Se lo recogen como pueden, lo entrelazan, se ponen lo primero que encuentran, un suéter ajado, una falda corta, y salen a vivir. Confían en dos elementos fundamentales: la ligereza del día y la suavidad de sus rasgos. Perdonan el abandono. Visto de otra manera puede pasar por una concentración del alma: miran hacia dentro y no necesitan el maquillaje, la luz, el cepillo. Caras de recién levantadas de la cama, inocentes si pudieran hacer creer. Salvajes y castas, el pelo a los hombros enmarañado enmarca el ritmo del día.

## XVI

El arte del bonsái es único. Como la fiesta taurina, sólo que ésta última recibe críticas y abucheos, por su brutalidad, dicen. Impedir que un árbol crezca no es cruel, es bello mirar las miniaturas de árboles y flores cercando sus raíces, olvidando que pudieron haber sido otra cosa en otras circunstancias de tierra y espacio. Las raíces salen del jarrón chino, las raíces a punto de explotar, un silencio que lastima. Qué representación del jardín es ésta que se contiene, que se adelanta, y, como los pies de antiguas geishas, son obligados a vivir empequeñecidos. La escritura es un poco ese ejercicio: cortar y cortar hasta que eso que es empate en la maceta elegida, regarlo apropiadamente, sacarlo al sol una vez a la semana, y mirarlo bien de cerca para evitar que se desarrollen las ramas excesivas.

## XVII

Las relaciones sexuales guardan un carácter violento. Podríamos decir hasta brutal. Los seres, desnudos, se vuelcan entre sí para darse y conocerse. Durante unos minutos -lo que sea que dure el intersticio amoroso- pueden sustraerse del mundo y significar. Sin mayores pretensiones, en silencio, en palabras hechas expresamente para esa ocasión única, dan su cuerpo como un regalo y reciben el otro cuerpo en la ofrenda recíproca y primitiva. El acto sexual —que puede o no ser amoroso— busca el placer o la calma o la furia o lo que sea que se busque en la más absoluta verdad que viene de la intimidad. Puede que después la historia sea otra —lo que llega a ocurrir— pero la verdad del acto es su autoreferencialidad: se ve hacia sí mismo, en él mismo. No se mira hacia fuera, hacia los ausentes, hacia lo ausente, se mira ese momento. Ese cuerpo —no otro— el que está enfrente. En la soledad el que se masturba recrea los fragmentos elegidos para su escena de amor hacia sí mismo.

Violento no significa negativo, es natural, después de todo. Libre de la pretensión social, del cuidado de la cortesía, de los modos de relacionarnos con los demás se guardan los resquicios de la actividad amorosa para que brote el ser ilimitado, fuera de la oficina, del trabajo; se vuelva al otro desesperado, ahíto de comprensión sólo por un instante, dispuesto a buscar la satisfacción de la pulsión que obliga a arrojarse al otro, a ponerse a expensas de otro, el desconocido, el que no es como él. En esa dosis de violencia el ser halla su verdad, la reconoce y la oculta después, cuidada bajo la alfombra hasta que llega de nuevo el instante del deseo y la búsqueda. El ser abraza la violencia necesaria como vía de escape y de regreso a una libertad sin condiciones.

## XVIII

La escritura no es un pez que pandea provocativamente. Me parece notar que concentramos demasiada energía creyendo que se asomará a la orilla del río donde están los pies tomando el fresco y sintiendo esa suavidad viscosa de los lodos llenos de misterio pesado. El pez no llega ahí, sonrojando los pies, exigiendo atención o alimento. La vida no es un ave que busque en quién posarse y que aprecie la geometría de su cuerpo. La vida no es un salto de espuma de la ola. O un choque brutal de autos de la esquina, aún cuando pareciera que sí.

He visto gente hermosa y brillante, de pelo y piel saludables, de ojos pintados y manos suaves ordenando en los restaurantes platos de pasta y postres sin poder recordar la sensación de algo notable o conmovedor, cualquier cosa y nada. Gente tan hermosa como jarrones elegantes. La alegría es justa y se acomoda a las necesidades del arte moderno: cuando es es, y cuando no, es comprensible. El pez salta a la superficie, respira sólo porque puede y regresa a la profundidad del agua. Abajo no hay oscuridad como se cree. Tampoco hay un gran silencio como se cree: las algas en las piedras ondean como árboles y tienen un sonido áspero y femenino, de pasos que se alejan. Demasiada gente ahora. Se busca a sí misma. Se alejan de los espacios vacíos. Vive en cardúmenes humanos, calientes y temperamentales. Ávidos de salud y buenos hábitos. No existe superficie que provea oxígenos nuevos. La gente ondea, acicalando los días, pensando que el futuro se planea en el instante mismo del nacimiento. ¿en qué momento nos crearon y nos dijeron asiste, ésta es tu vida: la única?

## XIX

Los celos, son, ante todo, un ejercicio de la imaginación. En su máximo poder la imaginación se desarrolla incluso en seres carentes la mayor parte de su vida de mínimos misterios. El poder de los celos es la conexión entre el deseo y la imposibilidad de su realización. El objeto del afecto es un ser hecho de vulnerabilidad que no de inocencia. Podemos pasar la vida entera sumidos en la pusilánime expectativa de la nada. Podemos dejarnos llevar por la fantástica inercia que son las expectativas de los demás. Tengamos cuidado en despertar un día conscientes del poder de la evocación, del erotismo, del peligro, de la zozobra, de la pasión de los celos. No podremos nunca ser los mismos. Regresar al lugar de la partida. No podremos porque no hay vuelta. Los celos no consumen por dentro como muchos creen, al contrario: iluminan los sótanos húmedos que somos, faltos de aire, ahítos de historias, miserables devotos de la ficción. Los celos son, pues, nuestro regreso indómito a la narración que nos habita. Pensar que podremos vivir todas las vidas sin ellos. Pensar que podremos capacitarnos en la confianza del otro, en los silencios del otro sin sentir la necesidad primordial de esto: ¿dónde estuviste anoche?

## XX

Los que odian también van al banco y a hacer cortar sus trajes a medida. Eligen el sabor del pastel antes de comprarlo. Comparan las flores. Sopesan el día antes de abrir la puerta e irse a trabajar. Hacen la vida del día a día odiando. Odiando intensamente todo. Viven aislados en el pensamiento que es el odio, en la construcción elemental y simple que es el odio. Comienzan por sí mismos. Ahí ya tienen el material para alimentarse. Material claro y bienvenido. Material de adolescencia e infancia, material de virginidades. Cuando más viven es de noche: el odio es fosforescente. Evitan por ello los bares y los teatros. No les gusta llamar la atención. Es comprensible que no establezcan relaciones duraderas: el odio es algo fuerte y posesivo. No se permite acariciar cachorros, sostener conversaciones triviales, sostener al abrigo de una dama más de tres segundos, no oler a las mujeres, algo que —por lo general— es muy bueno y muy recomendable. No se permiten posibilidades por extrañas que puedan ser que minen su odio. Conducen con cuidado. Hablan en un tono plano, sin extensiones ni altibajos en la voz. Leen libros ligeros. Asimilan vivir de una forma que no podríamos comprender. Acaso más vital, precisa; acaso situados en el conocimiento de las cosas que uno, aún cuando estuviera alerta o avisado, sería incapaz de hacerles sitio.

## XXI

Hoy me vi con I. es tan linda, su pelo flota como una nube. Es etérea cuando habla y cuando camina. Y cuando pasan meses sin verla. Compró una obsidiana para curarse el pecho. La pondrá en sal y la hará tomar sol por algunos días. Una obsidiana en forma de flecha a la que no se le verá el bronceado cuando esté lista para quedarse a mitad de los senos y curar. I. fue despedida de su segundo empleo del año. Se ve bien. Algunos despedidos se ven mejor que cuando tienen empleo, es un aura especial que los rodea, algo que va diciendo a su paso que todo puede ser cuando no se creía en ello nunca más. Algo va a cambiar, algo espera. I. es implacable con sus amores: no tiene. Es sabia. Es savia. Su relación con el cuerpo es otra que la mayoría de las mujeres, tan pendientes de lo que necesitan, de lo que no tienen, de lo que sueñan. Le digo: tienes que conocer a mi amiga B. tú y ella tienen tanto en común: su problema, por llamarlo de alguna manera, con el cuerpo es equivalente con su escritura. Problema de expresión, de corporalidad, de silencio. B. va a un terapeuta del cuerpo: la toca y la hace sentir cosas y luego se va a casa a ponerse frente al monitor y calificar adolescentes de mala ortografía: sacar granitos de arena de playas infinitas. Un trabajo agotador. I. trabajaba en una revista editorial. Dice, claramente, que algunas revistas deben ser como las salchichas o la mortadela: nunca investigar cómo es que se hacen. B. también es muy linda persona, muy sensible ella con la poesía que habla del cuerpo. Las dos llevan años sin pareja. Quién diría. Son unas flores que caminan. Y. Los hombres deben estar ciegos. O las mujeres. O lo que sea. Pero I y B. leen, van al cine y duermen sin compañía. Es normal. Aprendí algo de ellas estos últimos años: la independencia puede ser integral. No sufren. Se agotan por varios otros motivos que los que nos quieren azotar una y otra vez: te vas a quedar sola sola sola. I y B son unas solas que se afirman en su entender el mundo. Sus raíces son leves, apenas llegan y beben agua de sorbitos. Tímidas. Imprescindibles. No suelen hablar en las reuniones. Toman té. Son unas damas. Unas bellas damas solas que aguardan la noche y ven las estrellas y eso, pero en ellas eso no es cursi.

## XXII

Dice Dostoievski al inicio de Crimen y Castigo: todo hombre necesita un lugar hacia dónde ir. Hacia dónde llegar. ¿Y si no tenemos a dónde? Qué le sucede a Raskolnikov que camina y camina hasta el agotamiento, la fiebre y el hambre, el frío y no encuentra un lugar donde llegar. Está solo. Nadie lo espera aún cuando lo esperen. Aún cuando tiene su madre, su hermana, su amigo. La desesperación del personaje es que está solo. ¿Tenemos a dónde ir? ¿Acaso esto mismo no es la idea de la casa, del origen, de eso que queremos con todas nuestras fuerzas creer en pertenecer? Un hombre necesita un lugar hacia dónde caminar. Un hombre necesita un lugar donde sea esperado. Sí, pero si, por algún evento fortuito, eso no es posible, ¿sigue siendo un hombre? Qué pruebe de todo es el origen cuando no sabemos ni definir qué se deriva de ahí. Otro caso: Bandini, de Fante. Otro buscando en sí el origen de lo que no comprende. Una familia migrante, indefinida entre el catolicismo y la violencia, el no estar adaptados al lugar de llegada. Se pierde el origen para la generación que nace en la nueva tierra y sale un ser desprotegido, al margen de varios elementos.

Bien. Estamos aquí, ahora, pensando en lo que pensamos los domingos que nos da por pensar. Y no vamos a ninguna parte. ¿Es eso triste? no se me había ocurrido. No, no diría triste. Diría lamentable que no es lo mismo. Bien, nadie nos espera. Caminamos esta ciudad gastada y sucia de tanto mirarla. Caminamos. No vamos a ninguna parte. Eso lo sabemos. Nos formamos en las líneas de bancos y panaderías sólo para salir igual que como entramos: sin transformaciones. Nos miramos por dentro no mucho tiempo y nos salimos a la brevedad, el mundo nos reclama constantemente atención, pagos, palabras de intercambio. Sí, no, buenos días, buenas noches, qué tal la familia, qué tal todo, la semana que entra. Siempre habrá la semana que entra. Nos buscaremos entonces y pensamos quizá seremos mejores. Quizá haya vino en casa o cerveza y celebraremos que vivimos. Pero cómo antes. Uno se desplaza que no es lo mismo que llevarse a alguna parte.

Uno queda de verse con otros. Que no es lo mismo que comunicar.

Uno lee. Uno escribe. Uno piensa que escribe. Y es tal el bombardeo de palabras de afuera que se dejan de escuchar las otras, las propias, las que vienen a decir si vamos o llegamos o nos quedamos o estamos en espacios intermedios mientras decidimos. Eso, quizá no ir a algún lado es no decidir qué se hace y para dónde moverse. El movimiento se condiciona: nuestra migración es fenomenológica, impresionista. Básica por decirlo así.



## XXIII

Entramos a la casa, no sabe el dueño de nuestra llegada y vemos en los ojos la pena que le daba que estuviéramos ahí, presenciando su casa sin tiempo a recogerla. Tratamos de no mirar las paredes, los objetos amontonados, las camas hacinadas en la misma habitación. El olor húmedo de quehaceres sin terminar. El dueño come y baja los ojos, sabemos que quiere que no veamos el plato. y lo hacemos: vemos el plato. Queremos decir algo. Cualquier cosa. No tenemos hambre desde hace horas.

## XXIV

Informe de ti. 230 páginas. Detalles sin importancia. Descripciones de paisajes y de tonos de piel. Ojos así-asá. Solías correr por las mañanas en ayunas empapado en sudor contabas las casas que pasabas, las mismas que te esperaban a la vuelta. Los negocios subían las cortinas. Las panaderías estrenaban un olor de nuevo. Se toma café en las esquinas.

Usas anteojos. Eres defectuoso. Pero quieres a los perros de la calle. En febrero hace viento y los cielos suelen ser más azules y despejados. Te encantaría escribir un libro que se llame Esos cielos. Serían tus cielos. Arriba de ti colgando la tela holgada y vibrante. La tela que contiene arriba de ella algo que no vemos. Los árboles revientan las aceras. Venas abiertas desde adentro de la ciudad. La ciudad tiene un corazón solitario, hecho de cartas del aviso oportuno, gente sola que busca a alguien y se ofrece con fines serios. Los parricidas tienen una celda aislada. Algunos son amables: de una amabilidad sostenida con pinzas. Sus expresiones son equilibradas, pacíficas

## XXV

Vamos, dijo. Continúa el vaivén de pieles que no se deshacen, se repliegan. Vamos, dijo de nuevo con una voz ahora más sutil, mientras esperas a tu hombre o tu mujer que se siente contigo y te hable tiernamente como nunca nadie; la voz es única. La voz del que se ama. La voz es el cuerpo todo. Con rugosidades, con destellos, con presencia y espíritu.

Más que amar sigue. Seguir es otro modo de hallarse. De ir al agua que somos, de venir del agua. De besar el agua. En la taza había agua de mar. Buscó en el fondo su fauna. Su oleaje lamentable. Su tormenta. Nada. Nada tampoco al mover el agua. Su voz llega de lejos y viene ronca. Embravecida. Trastornada. No hubo pájaros en el centro de la tráquea, había un pulpo y una mandrágora minúscula. Pero era vida después de todo. En la pared del cielo. Y el agua que regresa. Y la voz que regresa. Y el ámbito que somos se oscurece. Somos un día que repliega su cauce. Un árbol que no danza. Un árbol sin viento. Suspendido en la orilla del agua. Es jueves. No llegamos al mediodía. La claridad apenas comienza a ser intolerable. Claridad de país de sol. Los nórdicos extrañan este país desde que nacen. Les hace falta. Sus pieles lo gritan: les hace falta. mientras acá hace mucho tiempo que todo es verano o bochorno o tráfico infernal, aullido de cláxones; enloquecemos poco a poco como si goteáramos del grifo o de la nariz que es una manguera saliendo del cuerpo inhala exhala sacudimos del fin del mes un aliento único caemos al mar sin taparnos la nariz para absorber agua de mejor modo un último modo sorbemos el fruto líquido somos grises por dentro ¿sabías eso? piedra endurecida/amamantando cada dos horas/ nuestro hijo que cuelga del seno/ espora que no sangra/ estrena una voz desde adentro: un lugar ahí sin nombre/la leche materna es agua original/ agua en su materia infinita/inmutable/ pero no/luego se figura en otros expendios/menos minerales/ la boca abierta del hijo en sueños perpetuando el gesto de chupar luego será imaginar despierto lo veo venir: veo el futuro claro los lindes de la piel no son infinitos y duele cortarse las arterias y dejar salir de nosotros el agua básica la tierra nos recibe recibe esta agua delirante y única y posible y múltiple y llena de una voz completa esta voz que viene de alguna parte/sin nombre aún/ y que inunda todo y se lleva casas, animales de granja, el ganado, y se traga pueblos/ esta voz insomne que bosteza antes de comenzar los días/ y se ahoga al primer intento de fingirse otra seamos capaces de aventarnos al mar: nada podría asustarnos nada después de nosotros nada después de ti nada después de todo

## XXVI

El regateo comienza. El gringo revisa su diccionario pero no puede elaborar preguntas. Se concentra en disminuir las rs. Pero no puede. Su lengua está depurada de vocales y las consonantes suenan a comandos. Harto, se coloca el sombrero. Maldice. Se toca la cara y se encamina. Hace sol. Exactos 32 grados. Se pone a vivir en una disposición suave de vida. Trata de no exigir. Trata, lo más difícil de todo, de no comparar. Duele comparar, siempre. Lo que sea. Más alto, más grande, más ordenado. Encuentra un lugar y se toma una cerveza. Nadie lo mira particularmente. No tiene planes. Ningún plan a decir verdad. Lo que dure el dinero. Y la paciencia. Y el tono de la piel o el limbo del aburrimiento.

Es un hombre. Eso lo sabe. De donde viene nadie lo echa de menos y si se va de aquí será lo mismo. Nadie se preguntará en su lugar vacío lo que quedó. Sus cuentas pagadas. El auto. Los mapas. Sus anotaciones en los cuadernos que se ocupa en llenar, anotaciones de la diferencia podríamos llamar a lo que escribe o comenta consigo mismo. A estas alturas ya se cansó de hacer amigos. No hay interés. Su mundo es un mundo viejo, ahora los chinos ocupan la imaginación y el mercado. El lejano oriente está más cerca que nunca. Más participativo, más beligerante. El gringo se desplaza, se conmociona pero hay algo en él de gringo viejo antes de envejecer. Sombrero, calcetas blancas con tenis. Jeans a media cadera. Camisa con múltiples bolsos. Su juventud no importa, es un decadente. Sentiría que importa estar fuera. Sentiría que esto es vivir la aventura. Hace falta estar completo. Cómo hace falta eso. Sentiría que amaría más, sentiría que Oaxaca es lugar de origen y llegada, que los muros y las piedras y las pirámides son de un mundo de él, tan de él como de cualquiera. Pero no deja de pensar en California. Tan llena de sol como aquí. Las fronteras son absurdas, insiste mientras apunta esto y aquello.

## XXVII

Por salud de la mente debo dejar de escribir. Por la salud de la mente de los demás, no la mía debo aclarar. ¿Escribir o vivir? una pregunta que no tiene por qué responderse ni ser en su naturaleza una jactancia o un dividendo de las aguas. Hay gente que no puede con ambas. Hay gente que persigue un ideal de ambas y no atrapa ninguno. Vacío se vuelca a sí mismo y comienza de nuevo. El daño ha sido impuesto: si se escribe no se “está en la vida” como comprendemos la vida: la acción. Si se vive no se “adscribe de la realidad” entendiendo esto como el ejercicio del devenir, el ejercicio mental, abstracto, de lo que comprendemos como vivir. Entre ambas, pues, hay un debate impertinente, ocioso y que nos ocupa en mayor medida porque hace poner en algunos sitios términos como Arte, Función del Arte, la Escritura, y demás palabras que en mayúsculas resultan más que imponentes. Por salud, repito, debo dejar de hacer esto que hago y que no lleva a ninguna parte. He pensado: ¿escribo, publico o me dedico a disfrutar que no escribo ni publico? La vida pasa y hay quienes tienen este impulso verdadero por no querer hacer nada. Quiero vivir una trascendencia posible, de ahora, de acción en los demás, hacia los demás. ¿Es eso posible sin la escritura? sí, absolutamente. Se puede estar sin mucho, se puede acostumbrar uno a estar sin la atención de los otros, sin el mundo entendido como mundo de afuera, de ellos, de los. ¿Escribir es no estar? ¿Hablar con el otro tiene más sentido acaso que escribir para el otro en un juego de distancia y tiempo que no tiene que ver con el contacto directo, humano, visible?

Estamos en el comedor a punto de cortar la carne. Se sientan con nosotros dos o tres muertos, un tío, un primo que apenas recordamos, un padre o una madre. Conversamos, pregunto del clima allá donde es no es aquí. Todos bien. Los fantasmas no son de los lugares sino de la gente que habitan. Escribir es conversar con los fantasmas que seremos en poco tiempo, y que ya vemos desde ahora cómo vamos haciéndonos invisibles o inaudibles en un proceso que intuimos lento y peligroso. De la boca a los demás hay una tela que sirve como mosquitero. Lo imagino así. Elijo vivir. Pero luego no puedo sólo vivir. Si vivir es salir de la casa y estar afuera recordando la casa. Voy al cuaderno entonces y es un regreso. Un nunca irme. Tampoco ayuda. Así, entre dos mundos hay otro posible.

## XXVIII

A fuerza de cocacola me hice trizas los dientes. Pero eso no me abatió. La batalla verdadera estaba en otra parte: la enfermedad avanzaba por las arterias, subía, danzaba, daba saltitos de alegría, gorgojeaba animosamente. A los dos meses dejé de mirar las cosas tal y como son, como las recuerdo y empecé a comprender el mundo en siluetas y en proyecciones de orillas de los objetos, nunca los objetos tal cuales. El cabello se caía, las uñas, las manos amarillentas mostraban las venas más que nunca, como una marca visible. Una enfermedad de los sentidos, me advirtieron. No olía. No veía bien. Se alteran las pupilas gustativas. El cuerpo en su milagro infinito no siempre se regenera.

Terapia. Hablar. Hacerme preguntas. Sí. No. Claro. Así fue como empezó esto. Lo de hablar. Lo de la sanación. Si hablo me salvo. Pero no sé qué más quieren que diga. No tengo recuerdos traumáticos. Mi voz es un vehículo hueco. Yo estoy abajo del volumen y el tono. Me han ido vaciando las palabras. Sigo con los síntomas. Sigo durmiendo 18 hrs y luego días enteros sin pegar el ojo. No es angustia dicen. Es algo más. Algo neurolingüístico. Mente-Habla. Y yo hecha un hilo de mí. Dos años duró esto. Así como llegó se fue. Tampoco me dijeron por qué. Misterios del cuerpo y las ignorancias inmensas de la ciencia. Me quedé impresionada de la capacidad que ostentamos cuando nos vacían: tenemos que decir que hay algo más. que no puede ser que eso fuera de nosotros lo sea todo. Un animalito estaba en el centro de la idea: a mitad de la cabeza, interrumpía como un asterisco la longitud, el grosor, de una idea en formación. Como la mente se esforzó tanto por sacar al bicho en cuestión algo frío se deslizó por la pared que sostiene lo que uno es, lo que uno quiere ser y aquello que no sabemos pero que está ahí, durmiendo un sueño bien ligero, de lo que nos hubiera tanto gustado convertirnos pero no pudimos comprender. sin la valentía para reconocernos estos animales se cruzan por los objetivos y planes e interrumpen todo. En muy pocos casos ocasionan daños serios, daños de interrupción de la vida incluso. Daños punitivos y a veces los últimos daños que soportaríamos.

## XXIV

No había leche para los capuchinos. Ese era el drama del día. ¿Para qué más? que los baños de la facultad no tienen papel sanitario no es novedad, lo que sí es: que las puertas no pueden cerrarse. Se improvisan las pericias técnicas y nos volvemos malabaristas en el asunto. No reconocía esa plasticidad. Me dijeron hace poco que hay quienes son conscientes de su grandeza y escriben para perdurar en la memoria. De todas las razones no había pensado nunca en eso. Más bien creía que escribir es para hacer durar algo en la memoria que se va deslizando a callejones deslavados y atestados. ¿Para que los demás recuerden que existimos? por Dios, tanta responsabilidad. Si dejo de ir al café en un par de semanas dejarán de imaginarme. Hasta ahí llega mi sentido de posteridad. Que me recuerden por dos días mis amigos después de la fiesta. Me dijeron por varias veces esta semana: ¿estás bien? si cobrara cada que me preguntan eso. Si tuviera una idea brillante. Si se alisara la piel. Si mi casa quedara más limpia. En un arranque sin precedentes (¿hay de otros?) quité las cortinas. El departamento se ve más amplio. Es una pecera. Los vecinos pueden asomar la nariz sin escrúpulos. La despensa no es visible porque tiene por lo general las puertas cerradas. Me siento desprotegida, desnuda, mercancía de vitrina. La sensación no es desagradable. Si quedamos al descubierto tan así, con tanta claridad, podemos hallarnos sin defensas es cierto, pero también: no somos esto que se ve. Los vecinos ven otra cosa que no somos. Yo.

Duraremos. Eso lo dice el ADN familiar: buenos dientes. Raíces hasta la nariz. Tardamos en calcificar. Las raíces son palabras puestas en la boca. Trepan. Cuando sonrío es mi calidad de gente saliendo por ahí. En los genes está la indiferencia —notable en un país de obesos— a los dulces. Pasamos el índice por el borde del pastel y es suficiente. Nos basta el azúcar para la semana o el mes incluso. No me preocupa la posteridad, allá los que sí quieren ser traídos al tiempo que no estén, me angustia sobremanera tanto artículo desechable. Pienso en un mar con platos y vasos que flotan, con tenedores de plástico, con pañales, con tanto objeto que se tira y llena las bolsas enormes de basura y no sabemos dónde van a dar. y el mar es el sitio último donde imagino todo: si ahí empezó el hervidero de bichos que evolucionó en vida animal, recibe su regalo: a boca abierta/húmeda/estremecida.

## XXX

Historias de taxis:

Alejandro me invitó a cenar durante un trayecto de mi casa a la terminal de autobuses. Me contó su vida en veinte minutos. Su filosofía de vida (no hay taxista que no cuente su filosofía de vida). Me habló de lo directo y buen hombre que es. De las mujeres que lo amaron y las que él amó. Apenas volteaba a donde estaba, concentrado en el tráfico y en el hilo de su historia.

No fue a la universidad. Estuvo casado con una mujer que lo golpeaba. Me contó que una vez estando él dormido fue despertado a golpes con el palo de la escoba, la cara sangrante y la mujer llorosa, ya arrepentida del arrebato, le explicó “es que no fuiste por mí”.

Alejandro también está disponible para antiguas amantes que le llaman y le piden dinero prestado o que recoja a sus hijos a las dos de la mañana por donde estén pasando la noche.

Me contó de la esposa joven de su primo que llevó a pasear en el taxi por el país porque la muchacha nunca había salido de su pueblo en la montaña. Me dijo de sus primos y sus fiestas, cumpleaños, bautizos. Dos veces al mes por lo menos hay una reunión por causas familiares. Él colabora con cajas de brandy. Sus sobrinos lo adoran. Y él busca alguien para conocer y llevarla a tomar café de chinos y pasar por ella donde ella diga. Para eso él invita a muchas mujeres pasajeras, siempre y cuando respondan que no están casadas.

Habla muy bien de sí mismo. Trabajador a más no poder. Ve mucha televisión, de todo eso sí. Le gusta bailar salsa, cumbia y demás. Es un hombre de familia solo. Muchas mujeres podrían apreciarlo.

Hace años consideró que era alcohólico y fue a una reunión de AA. Se sentó y mientras la reunión comenzaba un individuo le contó que estaba ahí porque él con el alcohol se transformaba y violaba mujeres. Entonces pensó que no estaba tan mal tomar de vez en cuando y nunca regresó a AA.

Esto me lo contó esa vez en su auto y en el café que finalmente acepté. Era pequeño fuera del auto, apenas recordaba sus anteojos. Hablaba rápido y con un tono particular de barrio, un hombre ansioso por ser amable sin saber muy bien cómo.

Tomo taxis todo el tiempo. De sitio en las noches. He conocido taxistas guapos, provisionales, enojados, los más viejos son los más pacientes pero puede que me equivoque. Están los que no saben llegar a ninguna parte. Algunos llevan su guía roji. Otros preguntan dónde llegar. Tienen sus rutas.



He conocido taxistas pulcros. Camisas planchadas como si fueran a vender acciones o conseguir clientes. El taxi les permite comer en casa, ir por sus mujeres, estar al pendiente de los hijos.

Alejandro tiene un peso encima: quiere llegar a la siguiente reunión familiar con alguien. Que lo quieran aún más porque ya no estará solo. Su desesperación es conmovedora. No patética. Finalmente eso se busca: no llegar solo a las reuniones. Tener de qué hablar cuando las cosas no funcionen. Tener un historial amoroso fracasado es mejor a no tener nada.

## XXXI

Hay huérfanos que tienen ambos padres vivos. Así yo no tengo país aún cuando siga en él. No empato con él. No creo en él. Los hombres de aquí no son para mí. Por fin me ha quedado claro. Tantos años han pasado y yo chocando con su arquitectura, con su planeación urbana, con sus jardines enjaulados, con los vendedores de chinerías pululando en las paredes: son hongos. Los indigentes, las viejecitas descalzas, los bocadillos escurriendo de grasa insalubre, los niños de los semáforos, las telenovelas insulsas, los asesinatos, el ejército ocupando territorios a la vista de todos. Me urge verte. ¿Por qué de todos los sitios te fuiste ahí? tan lejos de mí. Pusiste kilómetros entre nosotros para que yo pudiera comprender el concepto de lejanía. Ya lo hice. Te teca volver. No estás. No estás. El amor se vacía en ausencia. Además de país estoy huérfana de ti. Pero no soy una estampa lamentable. No está tan mal: comprendo lo que muchos no podrán entender nunca. Soy capaz de enumerar palabras en tu ausencia y converso conmigo. Un vacío en el centro de mi lenguaje. En la plaza de la constitución de mi lenguaje. En el centro de mi bandera nacional. Te hago dibujitos en el cuaderno en las reuniones de trabajo. Crecí. Soy adulto ahora. Cuando desperté descubrí que tenía que pagar la renta. Y doy cursos. Y enseño a la gente a pensar. ¿Puedes creer eso? yo, enseñando a otros. Enseñar es releer objetos del pasado. Releerse. Simple y didáctica como siempre he sido. ¿Te imaginas? Este lugar no tiene hombres para mí. Te lo decía antes muerta de risa. Ahora no es divertido. Por alguna razón crecer quita lo divertido de algunas cosas. Dichoso tú que no tuviste problemas en esa área: la genital. mmghhh. Para los hombres es distinto supongo. No sé. Soy muy masculina y no me aceptan. Debía irme me decías a los gritos más de una vez, borracho hasta el tuétano. Me gritabas. ME GRITABAS. No era este mi lugar.

No te pude explicar entonces por qué no me iba. No pude aunque quise. Tampoco tu vida era ejemplar. Pero estabas bien. Cada uno debe encontrar su país. Hasta que eso suceda vivimos como de prestado. Sin nadie que entienda nuestro humor, nuestros padecimientos. Falta de empatía supuse a lo que era en verdad un extrañamiento horrendo: un extrañar no de echar de menos sino de no reconocerse. Mi centro de fruta se expone. Debo salir de aquí. Debo hacerlo. Es por mí. No por nadie más. Por los padres que no tuve, por la ciudad que no tuve, por la casa que no tuve. Por el amante que no tuve. Por los utensilios de cocina que sueño.

Trabajo en tres colegios: me desplazo de sur a norte y luego al centro. Sin dar con mi centro propio. Lo que pasa es que eres compleja, me dijo alguien. Lo terrible es que no es cierto. Soy tan simple que da miedo verme. Pero, te decía, aquí ya no hay nada que hacer.

Las migraciones de los animales se dan por dos razones: búsqueda de alimento y procreación.

## XXXII

Tengo todo el aparato del odio prendido. Pero por alguna razón no funciona. No sintoniza ninguna estación. Yo tendría toda la razón si odiara. En legítima defensa. Hablaría por mí misma. Me levanto y no debo dejarme golpear de nuevo. Pero una es la que habla bla bla y otra la que hace su propio obituario: nononooooo, no es eso. El odio implica un ejercicio intenso. Un entrenamiento largo y calculado. A veces me sostiene viva los restos de la idea del odio. Pero no, no es lo busco. el enojo es un humor en cambio iluminado. La energía se reactiva. Todos saben que no es lo mismo que el odio. El odio es el último color de la gama de colores. El enojo es agua tibia.

Para odiar no se requiere de la simpleza. Falta de sentido del humor. Falta del olfato. Falta de espacios abiertos. Falta de desodorantes florales en el baño. De comer con los dedos alas de pollo picosas y dulces, flotando en la grasa de las papas fritas. El odio es un olor condensado. No se detecta siempre. Por primera vez la gente confunde eso con enamoramiento. Me decías hoy: no supe qué hacer contigo. Soy lento en proporción a ti. Como si no lo supiera yo desde el inicio. Odio saber las cosas que nadie más sabe. Odio la inteligencia mínima de darme cuenta de lo que pasa por ti sin que lo sospeches. Odio conocerte. Odio saber qué saldrá de tu boca antes que veas la idea formada en ti. Odio no tener la respuesta que mereces. Odio saber que no me mereces. Que en efecto, como dices, soy demasiado, y demasiado rápida. Ves. El mundo ya quedó atrás. odio saber lo que viene. Odio notar que eres un estúpido incapaz de mirarse y notar dónde está parado. Odio saberte tanto. Odio que me tires a la cama y que yo sepa de antemano dónde va a quedar esto que soy. Odio ver el fin de la historia que comenzaba de esta forma. Odio las últimas palabras que te dije. Odio mi debilidad. El aparato de la repetición. Aún así no hace mella. Me doy por vencida. El molusco del veneno no se me prende aún. Nada más me toca.

### XXXIII

Los hilos sostienen la luna: es enorme. Los hilos son resistentes. Se sostiene gordísima encima. Es un cielo toda ella. Las mujeres, a su vez, tienen miedo de ser tocadas en el centro de su sostenimiento. se quieren masculinizar, o lo que sea que ellas entiendan por eso: vivir sin el drama de ser mujeres acurrucadas en los discursos sempiternos de las madres. Las madres son como lunas: se sostienen arriba de manera misteriosas. sé de mujeres jóvenes sin años de ser tocadas. No por ellas mismas tampoco. Puras en su inmaculada estructura. Inmaculada quiere decir sin mancha, mancha quiere decir sin intenciones de dejar huella que sobrepase el mínimo roce. De todas las cosas conviene vivir sin deseo. Matar el animal que tenemos amarrado, sujeto a pan y agua como en los estacionamientos públicos: un perímetro de dos metros para dar la vuelta: los perros se vuelven locos a los pocos días. El animal del deseo se domestica. Vivir sin él debe ser liberador. Decir por fin: puedo ver todo sin que nada me despierte nada. Los hombre son esto que sucede pero eso es todo. No hay por qué abalanzarse y comenzar batallas. Intocadas podemos pensar mejor las cosas. Sin sospechar la piel o la textura o el olor del cuerpo. Intocadas podemos aspirar a comprar departamentos y ser las solteronas amables que tenemos dentro dispuestas a coleccionar violetas o gatos a cambio de que nos dejen en paz. Las madres sobre todo. solteronas azucaradas. Viendo crecer los sobrinos de lejos. Imaginando las vacaciones con el cuerpo cubierto bajo un sol como esta luna de hoy. Sostenido por su propio misterio. Las solteronas contestan el teléfono con una voz cansina y dispersa. Más aguda la voz por alguna razón que de las viudas. sonrín monalisamente. Sólo ellas saben lo que tienen detrás. En su telón. En su artificio. Recuerdan el deseo como un temporal. Agradecidas que lo vivieron y salieron de ello. Ellas son su mejor amanecer de domingo. El sexo no lo es todo. El cuerpo no lo es todo. El alma, el alma hay que cuidarla abruptamente. Es lo que nos hace mirar algo detrás. El alma no necesita. No busca. Se sostiene en la mesa. Se aplasta bajo el peso del pensamiento impuro pero flota y permanece.

## XXXIV

La tomografía sirve para ver la belleza interior las raíces de los dientes no se pueden ver las gotas de agua filtrando el espíritu de Dios se mueve en tres dimensiones: un molar fuera de su sitio los huesos se ven no la carne sostenemos el cuerpo un perchero no se pueden ver las palabras filtrando los moretones, las señales en las rodillas de que caímos de bruces el aparato frío redondo como una moneda se pone en el pecho desnudo y ayuda a escuchar el pulso de adentro el ronquido de la máquina el chirrido de vida la intimidad tiene un exterior es decible y no es fría la consulta: el médico se ocupa de ponernos quietos en la cama estrecha luego, el dentista nos pondrá con los pies arriba mientras llega látexmente a los nervios descubre así, sonriendo nosotros impávidos, el alma escondida muy muy adentro sensibilizada llamada por varios motivos tenemos Dios hasta atrás, hasta la pared del cuerpo, donde la máquina topa y hace clap hemos llegado al material de vanguardia.

## XXXV

Salí a la calle y no estaba. Caminé dos cuadras al bar de la esquina. Pensé en los amigos, dibujé dos garabatos en la servilleta y comí cacahuates. La historia de la ciudad a las dos de la tarde: un bar en penumbra, unos sujetos que son siluetas al fondo, quién sabe si estaban aquí desde anoche. Días que todo puede ser.

Llevo treinta años aquí. Mismo lugar. Misma fisionomía de la gente. Mismos rasgos en el espejo. Misma ropa. Misma ruta de camino a casa. Me enamoré dos veces pero no funcionó. Le llamé por teléfono para ver si quería venir y alcanzar la tarde desde acá. Pero no me dijo ni sí ni no. Silencio en el otro lado. Supongo que es no. Mi inteligencia me permite intuir eso: no, no, no. Rechino los dientes cuando duermo. Tendré que ir al dentista, otra vez. Como lo suficiente, no bien pero suficiente. No soy muy enfermizo. No tengo ideas políticas. No tengo la menor idea de mi gobierno.

Llego, pido de beber y espero. Alguien vendrá y conversará de su día y sentiré que es mi día del que habla. Mañana será igual. Los días son esto que se acumula de igual forma, armando un pastel de capas. No dulces cabe decir pero unas sobre otras. Mañana será igual, espero. Es necesario que nada cambie.

## XXXVI

La nostalgia se da cuando sentimos que debimos estar en otra parte o que estamos en otra parte y echamos de menos el otro lado; extrañamos el lugar en el que nunca hemos estado; extrañamos a alguien con tanta fuerza que es imposible que no exista. Extrañamos lo que no es y como no sabemos qué andamos como vacíos de motivos, vacíos de nombres propios. Extrañamos un sabor de pan frito con crema pastelera y azúcar glass que una tarde de niños comimos avorazados y pasaron veinte años y en otro país nos dimos cuenta que nos hizo toda la falta. El mueble de la vitrina nos hace recordar algo. La cortina, el sonido de algo, los ojos de ese hombre que cruza la calle, ese viejo recargado ahí con una boina y abrigo y bufanda. Una escena en el parque: hombre joven, mujer joven, bebé en el columpio. Las hojas caen y son triángulos dorados.

Las calles ordenadas. Las bicicletas tienen un carril, los autos y los peatones otros. Los cafés rebosantes como debe ser. Los adolescentes reunidos en una plaza. La nostalgia es una bruma poderosa: obnubila los sentidos. El cuerpo es una ciudad nublada y nada se ve más allá de esta niebla espesa.



*Las canciones pop hacen pop en mí. Ensayos sobre lo cotidiano, lo superfluo y lo ridículo, de Brenda Ríos, se terminó de formar en julio de 2015 en la ciudad de México.*